

La vida eterna

Alberte Momán Noval

© edición: Alberte Momán Noval

© texto: Alberte Momán Noval

Imagen de portada: Liza Polyanskaya

Diseño: Alberte Momán Noval

ISBN: 978-1-4467-9750-1

Esta licencia permite copiar, distribuir y exhibir los textos e imágenes de este libro siempre que se cumplan las siguientes condiciones:

- Autoría y Atribución: Deberá respetarse la autoría indicando el nombre del autor.
- No derivados: No se pueden alterar, transformar, modificar o reconstruir los textos ni las imágenes.
- No comercial: No se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

I

Extendía la lengua, utilizando toda su superficie, entre los labios inferiores y llevando los fluidos resultantes de su proyección hasta los recovecos más inaccesibles de sus papilas gustativas. Percibía el sabor ligeramente ácido y salado del flujo vaginal, que exudaba a borbotones debido a la fruición de los tejidos en contacto. Tal degustación llevaba un mensaje preclaro a su cerebro, para que este, dominado por la excelencia de la comunicación, amplificase el código para la extensión desmesurada de su miembro, excitado ya por el valor simbólico de las imágenes que se grababan en su retina, tan explícitas y vívidas que no podía reprimir el deseo de hundir el rostro sobre el calor húmedo de aquella vulva.

La noche se ceñía sobre los cuerpos y les transmitía la humedad helada de comienzos de invierno. La manta térmica sobre la que se extendían apenas refractaba el suficiente calor de sus carnes como para sentir un alivio momentáneo de las partes en contacto. La brisa impactando sobre la espalda de él y su culo en pompa contrarrestaban los efectos del deseo carnal, impelido por las formas insinuantes que sucumbían al éxtasis de la fricción en las zonas erógenas. Desnudos frente a tales inclemencias, buscaban la forma de maximizar el placer en los estertores últimos de aquel cuerpo enfermo, destinatario de las atenciones que motivaban tanto placer. Las venas azules que recorrían su cuerpo bajo la epidermis traslúcida eran muestra de la pronta exanguinación.

Avanzando sobre el cuerpo expuesto bocarriba, aproximaba la probóscide olfativa y recorría cada milímetro como un

depredador que sigue un rastro, hasta la arteria caríatide derecha, por la que emanaban dos breves regueros de sangre abiertos con anterioridad y de los que ya se había alimentado. La succión comenzó en paralelo a la penetración vaginal. El cuerpo que iba quedando exangüe apretaba, en un último esfuerzo en su lucha por la vida, los músculos del cérvix, consolidando la presencia del pene en un interior a cada instante más ceñido sobre él. La proximidad de la muerte trajo consigo el clímax del cuerpo que se sacudía sobre la moribunda. La presión sobre los músculos al eyacular contrajo también su mandíbula, que se mantenía aferrada a un cuello cuyo tejido cedió ante la presión y que sesgó la carne, dejando una profunda herida de la que ya no se desprendía ningún flujo.

Se incorporó parcialmente y se colocó de rodillas sobre las extremidades posteriores. Sintió el frío de la brisa sobre su piel

húmeda por el sudor. Observaba el cuerpo inmóvil, del que huía apresuradamente cualquier muestra de calor residual. De aquel que fuera el blanco de sus ojos, ahora con las venas repletas del fluido vital de su víctima, dimanaron dos lágrimas rojas tan iguales como propias de una imagen especular, que descendieron por su rostro hasta precipitarse sobre sus muslos. Con la uña del dedo meñique, se hurgó entre los dientes para extraer los restos de carne que se habían incrustado durante el éxtasis. Percibió aquel acto como aberrante e irrespetuoso, por lo que se alzó ágilmente, evitando el rostro de su víctima.

La soledad del lugar hacía de la noche la cómplice más propicia. Los árboles desplazaban sus copas, desprendiendo parte de su follaje. Las pequeñas ramas que cubrían la superficie de bosque crepitaban con el paso del cuerpo arrastrado. El ro-

zar de las ramas mecidas por el viento disimulaba cualquier otro ruido. La profundidad meticulosamente estudiada de un hoyo practicado con anterioridad permitiría el reposo del cuerpo fuera del alcance de cualquier alimaña inoportuna. Tan solo los organismos saprófitos habitantes del subsuelo se ocuparían de mantener su dignidad incorrupta hasta su completa asimilación por la esencia de la naturaleza misma.

II

Valentine avanzaba ágilmente entre la multitud que abarrotaba la acera. Por su estatura y su indumentaria, destacaba entre la muchedumbre. Su traje azul ceñido al cuerpo y sus zapatos relucientes lo convertían en objeto de miradas furtivas. Su sonrisa permanente lo elevaba sobre aquellas personas que se cruzaban en su camino. En pocos años, debido a su irrenunciable determinación, había logrado un puesto de responsabilidad en la entidad bancaria para la que trabajaba. Allí, tenía acceso a información sobre préstamos de todos los clientes, no solo los de su área de influencia. Aquellos datos le permitían hacerse una composición de lugar de la marcha de la economía local y estatal. Se regocijaba observando las cifras de endeudamiento de in-

dividuos y familias, de pequeños negocios y grandes empresas. Consideraba las opciones de compraventa de inmuebles en función del estado de las cuentas de sus propietarios. Especulaba con la evolución de barriadas enteras, teniendo como referente los datos económicos de los residentes. En innumerables ocasiones, conseguía comprar y vender propiedades que aún pertenecían a sus legítimos y esforzados propietarios, antes de que estos perdiesen todo derecho sobre ellas. Transmitía ideas a los especuladores sobre aquellos lugares todavía inaccesibles y vendía la información, tan valiosa como cara, del balance económico de sus depauperados habitantes. Su labor se veía favorecida por la ayuda, siempre condicionada, de diferentes autoridades de la iniciativa privada y cargos electos que legislaban en su favor y abrían las puertas para sus operaciones.

La eternidad merma la capacidad de los pequeños estímulos diarios para incentivar el amor por la vida. Valentine agradecía que su existencia tuviese una fecha de caducidad. Pero, aun siendo consciente de que, en cualquier instante, debería dejar paso a la muerte, en ocasiones, tan solo el acto de alimentar su ego era capaz de motivar su deseo de seguir viviendo. Valentine obtenía su incentivo del dominio sobre su entorno. El éxito en sus empresas alimentaba sobremanera su amor propio, ávido de nutrimento.

«Tú consigue el voto del empresariado para mantenerte en el poder y yo me ocuparé de hacerme con sus propiedades cuando el peso inexorable de sus deudas los haga vulnerables. Las empresas locales no tienen ningún futuro. Son muy poco rentables. Cuando se trata de producir, hay que hablar de dinero de verdad y eso solo se consigue con grandes empresas. Más grandes de lo que tú

hayas podido imaginar. Son las nuevas dueñas del mundo y nos necesitan para despejar el camino de su progresión. Estamos hablando de tu jubilación, de unas buenas vacaciones o de un coche nuevo. La pobreza es vulgar y poco atractiva. Si es una cuestión de imagen, la indigencia se lleva mejor con un traje roto de tu diseñador de referencia. No pierdas la perspectiva, recuerda que hay mucha gente deseando ocupar tu puesto». Sostenía el teléfono a un centímetro del pabellón auditivo y sonreía al tiempo que esquivaba a los transeúntes, renunciando a cualquier contacto.

A veces, seducir es una forma de injerencia; la dominación por medio del atractivo, de la argumentación inaccesible para un interlocutor poco locuaz o menos formado. Introducirse en la mente de otra persona por medio de la ostentación de una clase social o cualquier otra fórmula de imposición es un acto invasivo

que condiciona las relaciones sociales y que puede llegar a subyugar a quien se coloca en una posición de debilidad pasajera o inherente a su condición o estatus. Pero para quien seduce el acto de resultar atractivo afianza su posición y hace aumentar la sensación de dominio e, incluso, el mismo dominio. La estrategia es simple para quien parte de una posición privilegiada frente a un posible contrincente. Aun resultando efectiva esa capacidad, siempre injusta y no ligada a una suerte de dote sobrenatural o vulgar, será imitada, llegando al ridículo de la exageración, por aquellos que la ansían. Se conforma, de este modo, una nueva clase, la de los que la emulan de forma menos eficiente que aquellos que la poseen. Pero lejos de ser una habilidad innata, junto a la posición que la propicia y la hace efectiva más allá de cualquier atractivo, debe ser cultivada. En esa cultura estaba versado ampliamente Valentine.

III

La depredación se asienta en el apetito, pero no del bocado más succulento, sino de aquel más débil y vulnerable. En caso contrario, si el punto de atención se centra en la presa más deseable, el gasto de energía destinado a la captura puede ser desmesurado y debilitar al capturador, haciendo que este quede a merced de sus enemigos. Dentro de la categoría de depredadores, están aquellos que persiguen a sus víctimas hasta darles caza, pero también están aquellos otros que saben atraer a la presa con algún tipo de argucia o atractivo. Estos últimos se encuentran en grado de desarrollar todo su poder de seducción hasta el sacrificio final.

«Me dijo por teléfono que hablaríamos sobre una posible mejora en las condiciones de la deuda que tengo con su entidad». Valentine se aproximaba a su visita con una sonrisa. Al mismo tiempo que cerraba la puerta de acceso, dirigía a su invitado hasta el interior, aproximándose más de lo que el decoro recomienda. Recorría su cuerpo con la mirada, intentando identificar los olores que desprendía. Cada vez que sus semblantes confluían, el visitante daba un paso atrás, adentrándose cada vez más en la vivienda y alejándose de la única salida. Incapacitado para emitir ningún sonido comprensible debido a la fortaleza de la intimidación de un ente en una posición de poder, el invitado se dejó conducir por la habitación hasta que su espalda tropezó con una pared. En ese momento, Valentine levantó los brazos y colocó las manos sobre la pared, dejando a aquel en su interior. Flexionando sus extremi-

dades, aproximó su cara hasta casi tocarse. El forastero desprendía un olor suave, a gel de ducha reciente. Se había tomado la molestia de ponerse una camisa limpia y planchada, así como una chaqueta informal, pero que le ofrecía un aspecto juvenil, más acorde con las circunstancias de lo que habría sido su indumentaria habitual. Valentine depositó su mirada fija sobre la del cliente. Como una víctima de hipnosis, este respondió con el mismo gesto, permaneciendo inmóvil en su posición de asediado. El anfitrión desabotonó, en primer lugar, la chaqueta de su invitado, aún con sus pupilas intimidatorias centradas en las de él. Prosiguió desabrochando la camisa, que dejó al descubierto un pecho lampiño de piel blanca en extremo. Descendieron sus manos hasta la hebilla del cinturón. En ese momento, Valentín se inclinó para estar a la altura precisa en el momento adecuado en el que los pantalones se desprendiesen y dejasen entrever la ropa

interior abultada por una mezcla de miedo y deseo irracional. Aquel acto reflejo que avergonzó al invitado no dejó indiferente a Valentine, que sonrió maliciosamente. Hizo descender con violencia el pantalón junto con la ropa interior, hasta que el conjunto se arrugó a la altura de los tobillos. El miembro del visitante colgaba pendular, a medio camino de la erección. Valentine se lo introdujo en la boca, haciendo que su lengua lo recorriese en un movimiento circular. En pocos segundos el anfitrión contenía las arcadas que provocaban la completa erección del cliente. Recuperando el dominio de la situación y evitando una introducción completa de este, Valentine hizo pasar sus colmillos superiores sobre la piel musculada, haciendo pequeñas incisiones que el visitante intentaba repeler apretando sus nalgas contra la fría pared. Pequeñas gotas de sangre afloraron de las heridas en el interior de la boca de un Valentine arrodillado. El gusto férreo

de la sangre lo excitó hasta el punto de sentir una enorme presión en el interior de sus pantalones. Sin demora, se incorporó en toda su envergadura. Giró a su víctima y buscó su ano con su miembro y la ayuda de una de sus extremidades. Lo impulsó hacia la pared y lo penetró con dureza, abortando sus gemidos de dolor por medio de un puño que le introducía en la boca. En ese instante, y llevado por la excitación próxima al clímax, desnudó el margen derecho de su cuello para acceder a la arteria que lo alimentaría durante apenas una hora de intensa succión.

Aún desprendía calor cuando lo depositó sobre el suelo. Con el blanco de los ojos teñido de sangre, avanzó hasta un espejo en el que pudo apreciar su cuerpo parcialmente desnudo. Detuvo su mirada en sus formas, intuidas por debajo de la ropa que aún llevaba. Extrajo de la comisura de sus labios los últimos restos de

sangre de su víctima, aún en estado líquido y sonrió para apreciar sus colmillos, afilados y mortíferos, tan incisivos.

IV

En aquellas ocasiones en las que la imagen que un individuo desprende genera confianza en las personas que lo rodean, los actos que podrían suscitar las más inoportunas sospechas, asumidos con la normalidad necesaria, pasan completamente desapercibidos.

«Buenas tardes, le llamo desde el apartamento 313. Me preguntaba si se podría hacer cargo de unos bultos. Son bastante pesados. El caso es que se me ha apagado el congelador por error. Ya sabe cómo funciona la domótica en ocasiones. Ahora tengo que deshacerme de toda la comida. Así como se ocupa de otras gestiones del edificio, ¿me haría este inmenso favor? Sí, es todo para el contenedor de orgánicos». Hablaba aproximando el rostro al comunicador al tiempo que

pulsaba el botón. Su tono demostraba firmeza, daba por supuesto que el conserje no se negaría y acudiría solícito para ocuparse del encargo. Las fórmulas de cortesía no eran más que una formalidad útil dentro de la táctica de seducción. El ordenanza no era sino una víctima más, propiciatoria, un cómplice involuntario.

Los huesos, en su configuración porosa, demuestran una dureza singular. Para desmembrar un cuerpo con precisión es necesario conocer a fondo la localización exacta de las articulaciones. Es preceptivo que la hoja cortante esté afilada y sin melladuras y los cortes deberán ser precisos. Se debe demostrar decisión en cada hendidura. La punta debe abrir camino al resto de la hoja para que el filo pueda penetrar y seccionarlo todo con un corte limpio. Es importante que las partes tengan un tamaño similar para facilitar el embolsado. Durante este último proceso de ocultación de las pruebas,

mientras se las prepara para el transporte, resulta interesante que, desde el exterior, no se identifique ninguna forma delatora. Se deberán colocar en el mismo embalaje partes complementarias que se confundan entre sí, sin revelar su oscuro interior. Se podrán unir fragmentos por medio de cuerdas o bridas si esto ayuda a evitar una posible identificación de los restos. En caso de la unión con cuerdas, se recomienda el hilo de cocina por su finura y resistencia; en el mercado se encuentra un gran abanico de posibilidades realizadas en materiales sintéticos de alta calidad. Para el embolsado, se recomienda utilizar una película plástica para homogeneizar el bloque y utilizar, posteriormente, el número de bolsas necesario para evitar que cualquier rotura indeseable pueda mostrar el contenido de estas.

Desde el momento en que se conoce el destino de los residuos sólidos urbanos,

hacer desaparecer un cuerpo resulta especialmente sencillo. La empresa concesionaria del servicio de basuras o, en su defecto, la destinataria de los residuos se encarga de la cremación. En el entorno de los hechos, la incineración para la producción de energía eléctrica es la práctica más habitual y tan solo se recicla un tres por ciento del total, que, por una cuestión ligada a la ley de probabilidades, resulta insuficiente como para preocuparse por la gestión indebida del cuerpo de un proletario endeudado hasta las cejas.

Valentine abrió del todo la puerta de su apartamento para que el conserje pudiese acceder con un pequeño carro, habitualmente destinado al transporte de todo tipo de herramientas utilizadas para el mantenimiento del edificio. El subalterno accedió a la vivienda después de limpiarse repetidas veces los pies en el felpudo y agachando la cabeza, en un

acto de sumisión teñido de respeto. La claridad de la estancia de paredes blancas inmaculadas contrastaba con la negritud de las bolsas de basura apiladas en el centro de la sala de estar. El anfitrión sostenía la puerta mientras el operario realizaba, diligente, su labor. Su posición erguida e inmóvil le indicaba al ordenanza que no debía demorarse. El poder, más que en las órdenes, tiene su raíz en el silencio. El hecho de que Valentine no necesitase expresar su necesidad de acabar con aquel asunto lo antes posible era una demostración de superioridad. La comunicación no verbal con la que cada una de las partes asumía su papel. «Lo mejor es deshacerse de esto lo antes posible, está completamente descongelado. De otro modo, empezará a oler». El conserje intentaba justificar su premura, más allá del miedo a incomodar a uno de los inquilinos, permaneciendo demasiado tiempo en su vivienda. Durante el

traslado del cuerpo hasta la puerta de salida, el intruso no se permitió ni una sola mirada furtiva al interior de la estancia. Reprimía sus deseos de observar, de conocer los gustos estéticos del inquilino y propietario. Avanzaba con la cabeza agachada, centrando la atención en el objeto de su encargo, bajo la insistente mirada de Valentine, que marcaba con el ritmo de su respiración la velocidad de los trabajos.

V

La humildad, en su segunda o tercera acepción, es una actitud no innata, sino aprendida y asimilada en favor, en la mayor parte de los casos, de un contrato social y su paz consiguiente, para mantener el *statu quo*. Quien defiende su primera acepción corre el riesgo de ser considerado un pusilánime, por cualquier suerte de mal entendimiento. Es por ello por lo que deberá tener el ánimo y la habilidad suficientes para demostrar que, pese a conocer sus propias limitaciones, no se rinde ante ellas y busca siempre la superación, así como la igualdad de trato y posibilidades entre individuos.

Ana deslizaba las yemas de sus falanges por el teclado del ordenador con suma destreza y velocidad. Attendía a lo escrito

y corregía pequeños errores tipográficos antes de proseguir con la tarea. A su derecha, sobre la mesa, el teléfono móvil. Periódicamente, desviaba la atención de una a otra pantalla con obstinada insistencia. Esperaba alguna señal que no llegaba. Sus facciones denotaban gravedad. En una oficina en la que reinaba el silencio, sin considerar el rumor propio de las teclas de plástico percutiendo sobre el engranaje propio del teclado, Ana se sobresaltaba en cuanto algún ruido rompía la monotonía. Puso el punto final a la misiva que estaba redactando, pulsó el botón de envío y esperó a que el mensaje desapareciera de la pantalla, en favor de la bandeja de enviados del programa de correo electrónico. Se recostó sobre el respaldo de la silla y abrió el cajón del escritorio. Extrajo una manzana que frotó contra la blusa y se alzó para salir a la terraza con la idea de realizar su descanso matutino. Después de unos primeros pasos decididos, se volvió para recoger el

teléfono, que se guardó en el bolsillo trasero del pantalón. El terrado pertenecía al quinto piso de un predio destinado a oficinas en las afueras de la ciudad. En aquel lugar en el que ella desenvolvía su actividad, una organización sin ánimo de lucro se ocupaba de buscar soluciones más o menos duraderas para aquellas personas a las que el sistema porfiaba en excluir. Cruzó el brazo izquierdo abrazando el abdomen y con el derecho se llevó la manzana a la boca. Un viento frío le impidió alejarse del resguardo de la puerta. Daba grandes mordiscos a la fruta y masticaba con decisión. En el horizonte visible, la ciudad se extendía llena de irregularidades. Los edificios más altos, en el centro mismo de la urbe, constituían el aparato financiero que libraba una guerra sin tregua contra las personas a las que ella pretendía defender. Se encogió de hombros antes de coger su teléfono. La pantalla en negro no auguraba

ninguna buena noticia. Revisó la recepción de mensajes en todas las aplicaciones posibles, comprobó que el teléfono tenía cobertura suficiente como para la recepción de cualquier noticia acerca de su hermano recientemente desaparecido y reinició el aparato por si un posible colapso del *software* producía un mal funcionamiento de este. Como coadyutora suya en épocas de crisis, llevaba un tiempo acompañándolo en su malestar por las deudas contraídas en los últimos años. Releyó su último mensaje, aquel en el que indicaba que tendría una reunión con uno de los asesores del banco. La comunicación era clara, no había lugar a malas interpretaciones. Tendría una reunión para intentar solucionar el problema con sus deudas. Buscó en el historial alguna otra información sobre la entidad bancaria. Sentía calor en las mejillas, que contrastaba con el frío viento que se proyectaba sin descanso sobre su faz. Hizo una busca rápida en internet.

Entre los primeros resultados se encontraba la información referente a la sucursal situada en el centro de la ciudad. Llamó sin meditar sobre lo que diría a la persona que la atendiese desde el otro lado de la línea. La única información que pudo obtener de la administrativa fue que su hermano tenía una reunión marcada con uno de los directivos de la entidad, pero ignoraba si esa reunión se había consumado. Acto seguido, procuró el nombre del directivo en su buscador de internet. Salvo alguna foto sin fecha, eran pocos los datos. Sin saber cómo reaccionar, marcó una vez más el número de su hermano y esperó el tono. La suministradora del servicio le indicó que el terminal de destino estaba apagado o fuera de cobertura. Contuvo una lágrima y con toda la rabia que induce la impotencia guardó el teléfono y cruzó el umbral que la introducía otra vez en la oficina.

VI

La policía, dotada de una capacidad asombrosa para la asepsia relacional, como quien previene una infección por medio de la distancia social, había resumido con su habitual discurso estándar y protocolario las claves sociológicas de una desaparición, así como las pautas de una posible búsqueda, aunque en la práctica estas podían ser sintetizadas en un par de días buscando pruebas y una foto con el indicador de «desaparecido» en todas las comisarías a partir del tercer día. «Las deudas son un motivo recurrente en las desapariciones». El agente remarcó, haciendo una breve pausa y cambiando el tono, la última palabra en su confesión final. Ana creyó captar el sentido de aquella frase. Se hundió en la silla como si, de forma súbita, la gravedad la atrajese hacia el centro de la Tierra con

más fuerza que al resto de los mortales. Aún no había asimilado la posibilidad del suicidio, aunque se tratase de una idea que le volvía cíclicamente a la cabeza en períodos cada vez más frecuentes.

La esperanza, que en determinados contextos puede ser comparada con una suerte de inmovilismo, atendiendo también a su etimología, cuando se complementa con el *animus* latino o el *anemos* griego, ese viento o soplo ligado a un esfuerzo por la consecución de un objetivo determinado, pervierte su raíz para convertirse en acción o, lo que es lo mismo, en los pasos necesarios en una dirección concreta para conseguir un fin que se cree posible. Esta interpretación, contraria a la teología, es opuesta al orden legal establecido, en el que son los mecanismos ordenados al efecto por el estamento correspondiente (y que pueden ser tanto de acción como de omisión) los

únicos competentes para esclarecer cualquier acto fuera de derecho. Lo que significaba que todo acto de animosa esperanza ejecutado por Ana, en su aflicción, podría ser motivo de punición por el facultativo correspondiente. Y aunque ella creía en la imparcialidad del engranaje legal y, por tanto, estaba de acuerdo con que fuera este el que dilucidase los particulares ligados al caso que la ocupaba, también consideraba que la estructura de poder, si bien podía llegar a una conclusión definitiva sobre el hecho, no iba a juzgar las debilidades del propio sistema que era la causa última del mismo hecho, por lo que, en su dolor, solo podía poner en cuestión la legitimidad de los mecanismos para juzgar la ética o, incluso, la legalidad de los actos que su hermano pudiese haber llevado a cabo.

A la salida de la comisaría, en cuanto el frío contrastó con el calor excesivo del interior de edificio, Ana sintió la necesidad

de sentarse en un lugar tranquilo para alimentarse de su soledad y reflexionar sobre su experiencia con las fuerzas del orden. Avanzó hacia una cafetería próxima, buscó el lugar más alejado de la puerta y se sentó a esperar. El sonido de la televisión llamó, por un instante, su atención. Los sucesos de la jornada anterior atormentaban a las personas sensibles que ocupaban en aquel momento el establecimiento. Se nutrían de un discurso previamente masticado, orientado hacia la cruda descripción de los hechos, con una fuerte carga moral. Ana desvió la atención tras la llegada del camarero. Se vio a sí misma removiendo la dilución de un par de gotas de leche en un té negro. Lo pidió salivando como si se tratase de uno de los perros de Pávlov. Con un odio que emanaba del apartado más íntimo del subconsciente, todo a su alrededor empezó a parecerle absurdo. Las gentes embobadas con la televisión, la indumenta-

ria del camarero, que luchaba por mantener sometida la camisa por dentro del pantalón pese a los movimientos que la inducían a salir, las relaciones establecidas entre empleado y clientes... El mobiliario, en su día ostentoso, hoy perdido su antiguo esplendor, le pareció un buen símil de la decadencia posmoderna, en la que proletarios como ella, vestida para aparentar una dignidad perdida mucho tiempo atrás, frecuentaban lugares como aquel, en otras épocas destinados a una clase social muy diferente con la que ella no podría identificarse nunca. Sentirse cómoda con la ficción asumida de pertenencia a una casta siempre distante le resultaba un insulto a sí misma. Si su hermano se había suicidado, era solamente por participar de una ilusión, por creer en la idea reaccionaria de que podía ser algo que no era. Lamentaba no haber tenido la oportunidad de explicárselo a él de igual forma que, en aquel momento, era capaz de argumentarlo a sí misma.

VII

Valentine consultaba documentación en la pantalla de su ordenador. Movía con desgana el ratón para pasar las páginas, que se sucedían, una tras otra, en una serie infinita. De vez en cuando, observaba la ciudad en constante ebullición desde la ventana de su despacho. En cuanto sonó el teléfono, junto a la sorpresa llegó el regocijo al poder sustraerse del tedio. Levantó enseguida el auricular y respondió. Su secretaria, desde el otro lado de la línea, lo informaba de la presencia de Ana, la hermana de un cliente de la entidad supuestamente desaparecido. Él escuchaba sin prestar atención, sonriendo para sí y alimentando la idea de verse inmerso en un juego no exento de cierto riesgo, pero que podía avivar su buen

ánimo. «Hágala esperar. Invéntese alguna excusa. Pero obsérvela con atención e infórmeme si su actitud denota algún cambio a medida que pase el tiempo. Le diré cuándo la puede hacer pasar». Se retrepó sobre el respaldo de su silla con una sonrisa, intentando imaginarse a aquella desconocida esperando ansiosa para obtener algún indicio del paradero de su hermano. Pensó en todo lo que podía estar pasando por su cabeza. Pretendía dilucidar qué inconsistentes sospechas la habrían llevado hasta él.

Observaba pasar los minutos en la pantalla del ordenador. Los documentos que se mostraban en ella seguían en la misma página en la que se había quedado en el momento de la llamada. No podía trabajar siendo conocedor de la aparición de aquella presencia indiscreta. Se levantó para pasear por la oficina, impaciente.

Miraba por la ventana para intentar distraerse. Podía coger el teléfono y solicitar a su secretaria que hiciera pasar a su visita, pero esperaba encontrarse en una posición elevada frente a la que ya consideraba su oponente. La debilidad que ella pudiese manifestar le revelaría una información valiosa sobre ella. La espera la haría dudar por el cansancio, por el malestar de una posible pérdida de tiempo, por molestar a una persona tan ocupada como él, Valentine, que sonreía cada vez que la imaginaba cohibida, sentada en el borde de la silla que él le ofreciese, porque se encontraban en su territorio, no en un entorno neutral. En ese lugar, él podía mostrarse distante, con la superioridad manifiesta de quien se encuentra cómodo en un espacio. Pensó qué silla le ofrecería. Junto a su escritorio había una mesa redonda para reuniones más numerosas. Las sillas que acompañaban a esa mesa tenían el asiento a la misma altura que la de su escritorio. En

el otro extremo del despacho había una pequeña mesa de té con dos sillones no muy pesados, pero con el asiento manifiestamente más bajo que la silla de su escritorio. Uno de ellos sería perfecto, la posición más baja de la visitante tendría un efecto psicológico de deterioro de su seguridad.

El teléfono volvió a sonar. Su asistente le informaba de que la visita estaba empezando a impacientarse. Le había preguntado en repetidas ocasiones cuándo sería posible acceder a su despacho. Valentine consideró que era el momento de hacerla pasar. «Acompáñela hasta aquí y haga las debidas presentaciones». Escuchaba los pasos de las dos mujeres aproximándose hasta la puerta. Se sentó detrás de su escritorio y fingió estar concentrado en un tema de relevancia. En cuanto se abrió la puerta, oyó sin prestar atención las presentaciones. Luego se incorporó y, tras esperar a que su auxiliar

se ausentase, indicó a su visita uno de los sillones situados alrededor de la mesa de té. «Siéntese y póngase cómoda». Ana se mostró indecisa al observar el asiento que le señalaban. Ante la duda, Valentine dio un paso al frente para ayudarla a mover el sofá hacia el escritorio. Ella, tomando la iniciativa, se volvió hacia la mesa redonda para hacerse con una de las sillas que la circundaban. La colocó frente a la mesa de Valentine y se sentó, mostrando una fuerte determinación de permanecer hasta haber aclarado los particulares que la habían llevado hasta allí. Él se sentó con la espalda recta, intentando no hacer patente su desconcierto. Se predispuso para escuchar el relato de la visitante, en el que le habló de la reunión concertada y de su última conversación con el desaparecido. Ana enumeraba las únicas evidencias de las que disponía sin demostrar ni un solo ápice de emotividad. En su actividad profesio-

nal como trabajadora social, estaba acostumbrada a tomar distancia con respecto a las desgracias ajenas, era una profesionalidad necesaria. Desde el principio, pese a tratarse de su propio hermano, había decidido proceder del mismo modo, como si este no fuese quien era. Valentine, por su parte, a medida que avanzaba el relato de Ana, analizaba las posibles debilidades de la historia que él debería exponer. En la empresa quedaba constancia de una reunión, pero que no había llegado a realizarse. Por otra parte, si a alguien se le ocurría hurgar en las llamadas telefónicas entrantes del hermano de Ana, descubriría una primera, realizada desde la oficina por su asistente para marcar el encuentro, y una segunda desde su teléfono personal para modificar el lugar de la cita, programada en un principio para realizarse en la oficina y realizada finalmente en su casa. No servía de nada, por tanto, ocultar esa infor-

mación, así que aclaró lo sucedido, informándola de que él mismo había cancelado la reunión debido a una indisposición pasajera. El hecho de no existir el encuentro anunciado debería bastar para alejar de sí toda sospecha. Mostrando toda su disponibilidad para aclarar cualquier otra duda, Valentine le dio una de sus tarjetas de visita, confiando en que Ana lo llamase. La miraba fijamente a los ojos, como queriendo ordenarle que se volviese a poner en contacto con él. Realmente deseaba un nuevo encuentro. Sentía una fuerte atracción por ella, le gustaba creer que se debía al vínculo que compartían, al haber ingerido sangre de su sangre. Observaba cada movimiento, cada expresión facial, cada gesto y los vinculaba con los de su hermano. Intentaba identificar el aroma que desprendía su cuerpo, diferenciándolo de la artificiosidad compleja de aquellos artificiales. Buscaba, en la memoria de sus papilas gustativas, el sabor de la

carne de su pariente para ligarlo a aquel cuerpo que se mostraba ante él. La salivación fue irrefrenable. Las comisuras de sus labios se humedecían haciendo brillar su boca, con sus labios carnosos contrayéndose en una simulación de lo que sería el contacto de estos con la piel de la mujer. Por debajo del traje, percibió la súbita extensión de su miembro. Incomodado por tal manifestación inesperada, intentó reubicar sus nalgas, abriendo paso a través de su ropa interior a aquel ardiente estado de incontinencia. En cuanto Ana consideró finalizada la reunión, se incorporó para ser conducida hasta la puerta. Valentine dudó un instante, intentando calmar sus impulsos. Se levantó también y le mostró el camino, reiterando su disponibilidad absoluta. Una vez en la puerta del despacho, se despidió ofreciéndole su mano derecha. «A partir de aquí, mi ayudante la acompañará hasta la salida». En cuanto sus extremidades entraron en contacto,

Valentine buscó en los ojos de Ana una señal de conexión o complicidad. Ella, percibiendo una suerte de escalofrío que le recorrió la espina dorsal, le devolvió la mirada. Ambos permanecieron un instante conectados firmemente por sus manos. Hubo una demorada y silenciosa despedida, centrada en sus miradas embebidas. Después, sobrevino la separación. Durante un momento, sus ojos evitaron separarse.

VIII

La autorreafirmación en una máxima suele comportar la negación de cualquier otra. Para ahuyentar el dolor, el subconsciente de Ana buscaba diferentes fórmulas que la distanciaban de la primera imagen guardada, demasiado idílica como para perdurar, de su propio hermano. Sin que existiese una merma en su amor incondicional hacia él, Ana, como mecanismo de autodefensa, y en las ocasiones en las que el desánimo se hacía más patente, enumeraba los pequeños defectos de su pariente. Imperfecciones que crecían lentamente en su cerebro hasta el punto de llegar, junto con la elaboración de un argumentario complejo, a justificar su desaparición como un final previsible e, incluso, esperable. Un destino mar-

cado por una suerte de energías derivadas de unos actos que, irremisiblemente, condujeron a los errores fatales que lo habrían llevado a su desaparición o a su posible muerte prematura. La reverberación de esa palabra en su cabeza la hizo recapacitar y reorganizar su discurso en favor de una más benévola consideración para con una parte importante de su familia. Ambos eran los únicos supervivientes de lo que siempre había sido una exigua estirpe. La mujer empezaba a distanciarse de la idea de regreso a medida que crecía en su interior un vínculo, hasta el momento nunca experimentado, con otra representación que, pese a no haber existido más que un único contacto efectivo, se desarrollaba en su interior, ligado al recuerdo de sus extremidades enlazadas y una mirada insistente que buscaba, más allá del tejido retinal, una repuesta a aquel súbito entendimiento. En ocasiones, se despertaba a medianoche con la urdimbre de celulosa con el contacto del

banquero humedecida entre las yemas de sus dedos. Pese a luchar contra aquella pulsión irracional, le resultaba inevitable volver repetidamente sobre el recuerdo de los instantes más significativos de aquella única confluencia. En su actividad profesional, cada vez con más frecuencia se sentía frustrada por lo que empezaba a considerar fracasos flagrantes de sus administrados, cuando, hasta entonces, solo veía deficiencias de un sistema que discriminaba a aquellas personas que no lograban cumplir unas expectativas que les resultaban del todo ajenas. Cada día que pasaba, era más frecuente encontrarla en la terraza observando los rascacielos del área financiera de la ciudad. Lentamente, crecía en su interior un deseo de emular a los individuos que a pocos kilómetros de su oficina conseguían gestionar las más grandes fortunas, personas a las que identificaba con aquella percepción mayoritaria de lo que debía ser el éxito profesional.

El dolor por la desaparición de su hermano se convirtió, con el tiempo, en odio hacia él y hacia la soledad consiguiente que la atenazaba a diario. El alto nivel de estrés que soportaba, descreyendo en la posibilidad de un cambio a nivel personal que influyese en la diferente percepción que tenía de su entorno más inmediato, obligó a sus colegas de profesión a recomendarle encarecidamente, llegando a la obligatoriedad, unas más que merecidas vacaciones. Tal había sido su empeño y compromiso en los últimos años que nadie consideró que aquella mudanza se debiera a algún motivo oculto que la inducía a un descrédito de todo lo conseguido por ella y por tantas otras personas que creían en la igualdad de oportunidades entre todos los seres.

Acostumbrada a un ritmo de trabajo extenuante, la soledad del hogar durante sus vacaciones se convirtió en una herramienta de tortura. La vivienda la oprimía

con una suerte de paredes menguantes. El silencio amplificaba el eco de su voz, que retumbaba en sus oídos hasta acaparar toda la atención de sus sentidos. La carencia de aficiones prolongaba la duración de los días, que ocupaba en retroalimentar su cerebro con los pensamientos más oscuros.

El aislamiento puede provocar, eventualmente, la aceptación de los impulsos más nocivos para con uno mismo. El sofá cedía bajo su cuerpo y un ligero dolor de cabeza amenazaba con extenderse en tiempo e intensidad e impedirle realizar con solvencia hasta las tareas más nimias. Se levantó intentando no forzar los discos de la columna vertebral más próximos al cráneo. Avanzó hasta la cocina y, tras coger un vaso con agua, extrajo una pastilla contra el dolor. Volvió al sofá, aquel barco a la deriva en el medio del océano en el que se refugiaba, y depositó el vaso sobre la mesa de centro antes de

sentarse. Allí estaba la tarjeta con el contacto del banquero. En los últimos días había perdido integridad al ser constantemente manipulada por las yemas de sus dedos. La observó detenidamente. El nombre había desaparecido casi en su totalidad, pero el número de teléfono permanecía legible. Pensó una vez más en aquel encuentro. Pese al tiempo transcurrido, recordaba cada detalle, desde la llegada hasta la salida. Creía percibir aún el roce de su piel sobre la palma de la mano. La recogió de la mesa para volver a experimentar la sensación del primer momento con la misma viveza. Sin pensarlo, marcó el número que aparecía en ella con la máxima celeridad y soltura. Esperó el primer tono de llamada con la determinación que proporciona la precipitación. No dudó de lo que hacía hasta el final del segundo tono. Con el tercero separó el auricular del pabellón auditivo. Con el cuarto cortó la llamada. Se quedó paralizada mirando la pantalla mientras

esta volvía a su negro habitual. Enseguida, el teléfono comenzó a sonar en respuesta a su invocación interrumpida. El aparato se desprendió de su mano y cayó aparatosamente al suelo. Nuevamente sin pensar, lo recuperó en el tercer tono y descolgó, sin tener claro si respondería emitiendo algún sonido comprensible.

IX

La cafetería del hotel era un espacio amplio y, para lo que era habitual en los establecimientos de otros barrios, bastante desaprovechado. Ana ocupaba toda la base de la silla y apoyaba el lomo sobre el respaldo para alejarse de la mesa. Una actitud muy gráfica y cargada de significado que Valentine interpretó como timidez. Pese a que ella se sentía reconfortada por la presencia del banquero, una emoción bajo la epidermis del subconsciente le oprimía el pecho cada vez que lo veía sonreír cínicamente. Hay ocasiones en las que una pulsión más relacionada con el instinto que con un interés racional domina sobre aquellos actos o deseos vinculados a la conservación y la prudencia. Ciertas dependencias podrían entrar a formar parte de esa catalogación

no formal. La mujer era capaz de advertir el deseo carnal en las expresiones de su interlocutor, pero, lejos de incitarla a distanciarse, aquella tensión la motivaba a quedarse, a forzar un encuentro *a priori* tan insospechado. La cautela la mantenía alejada de cualquier contacto. Buscaba la protección que proporciona el control de los actos ajenos. Quería estar segura de que los límites de aquel encuentro estarían a su alcance en todo momento. La conversación, irrelevante, circunvalaba la desaparición del hermano de Ana, sin llegar nunca a atravesarla. A la mujer le parecía odiosa aquella necesidad absurda de mantener una conversación cuando resultaba evidente que no tenían nada que decirse. Lo escuchaba hablar sobre lo ocupado que estaba a lo largo del día y las largas horas intempestivas dedicadas a la relajación en su hidromasaje. Él advirtió la necesidad de que cualquier persona tuviese uno de esos en su casa. «El mundo sería un lugar más habitable»,

añadió, a modo de conclusión, como si tal posesión dependiese de una simple elección personal. Ana se retorció en el asiento tras el último comentario. Pero aquel individuo desprendía un aroma que le resultaba tan familiar que le impedía confesar abiertamente, y actuar posteriormente en consecuencia, lo que verdaderamente pensaba sobre él. Hastiada por la situación y el entorno, se incorporó parcialmente y se inclinó hacia adelante. Pasó su mano por la nuca de Valentine y atrajo su cabeza hasta que ambas colisionaron en el centro de la mesa. «¡Come y calla!», dijo justo antes de que el choque de sus lenguas impidiera la emisión de algún sonido reconocible. La proximidad de él llevó a Ana a experimentar una sensación de deseo que jamás había experimentado con anterioridad. Presionaba su cráneo, agarrándolo por el cabello fuertemente. Valentine, acusando el dolor por aquella efusión, intentaba desasirse de aquel abrazo. Fue ella quien

separó ambos rostros para recuperar el aliento. Sin soltarle la cabellera, se dirigió a él con un tono más propicio para una amenaza que para una proposición placentera. «Ahora vamos a subir a una habitación y vas a hacer solo lo que yo te diga. Pararemos cuando lo ordene y tú obedecerás como un buen chico, al contrario de lo que estás acostumbrado a hacer». Ana no aligeró la presión sobre su nuca hasta que obtuvo un gesto de conformidad. Sin demorarse demasiado en la recepción, ambos subieron por las escaleras para no esperar inútilmente a que otros huéspedes decidiesen de qué forma colocar su equipaje en el interior para maximizar el espacio. Sus cuerpos se perdieron de la vista de aquellas personas que ocupaban los pasillos al cerrarse la puerta de su cuarto. Una vez dentro, la ropa de él comenzó a precipitarse sobre el suelo. Ana ansiaba llegar hasta el epicentro de su olor corporal. Va-

lentine, por su parte, avanzaba de espaldas hacia la cama. Una vez a los pies de esta, lo empujó sobre el lecho y empezó a desnudarlo. Se precipitó sobre él con las piernas separadas y, de rodillas, avanzó hasta su rostro, que quedó oculto por su sexo. Valentine acomodó su cara tras unos instantes de asfixia. El flujo de Ana caía sobre su rostro y se le acumulaba en las cuencas de los ojos. Nunca había percibido la pulsión sexual en otra persona como lo estaba haciendo en ese momento con Ana. Ella parecía estar fuera de sí, dominada absolutamente por el instinto. A medida que la mujer llegaba a un primer clímax, él sentía la evolución de su propio deseo, que se manifestaba tanto en su sexo como en la prolongación de sus caninos en la mandíbula superior. Inmovilizado por la postura de ella y con la tensión sexual en aumento, uno de sus afilados dientes arañó los labios inferiores de su vulva. Dolida por la extrema sensibilidad de la zona, Ana separó su

sexo del cuerpo de él y proyectó un puño con tan certera puntería que impactó sobre el pómulo derecho de Valentine. Este, sin capacidad para demostrar resistencia, permaneció inmóvil, a la espera de la segunda reacción de Ana. Esta, acomodándose a su lado, aún de rodillas, llevó la palma de la mano abierta hasta su rostro y seguidamente la lamió, dejando en ella toda la saliva que fue capaz de recolectar. Después la llevó hasta su sexo, observando fijamente a Valentine con aire de advertencia. Él, esperando lo que estaba por llegar, hizo un último comentario desafortunado. «Creo que ese gesto era del todo innecesario, te puedo asegurar que está perfectamente lubricado». Una bofetada le marcó la mejilla izquierda. Acto seguido, ella retrocedió, descendió de la cama y caminó hasta su bolso. De él extrajo un preservativo y volvió a la posición de inicio. Cabalgando, Ana buscaba saciarse de aquel aroma

que Valentine desprendía. Era completamente ajena a los gestos de placer que se grababan en el rostro de él. Por su parte, el hombre intentaba contener las ganas de dominar aquella situación al tiempo que procuraba refrenar su apetito, censurando cualquier manifestación que pudiese evidenciar su condición. El orgasmo de Ana la mantuvo con el cuerpo erecto en su vagina. Víctima de unos súbitos espasmos como reacción a la persistencia de un pene en su interior, no dejaba de moverse sobre Valentine, que, inducido por el placer extremo de la mujer, sentía la proximidad de la eyaculación. No lograron separarse hasta un par de minutos después del orgasmo de él. Ella se dejó caer al lado de Valentine, evitando cualquier contacto. Lo único que sentía en aquel momento era repulsión por el hombre que yacía a su vera. Sin mediar palabra, se alzó para buscar sus ropas y salió de la estancia sin despedirse. Valen-

tine permaneció sobre el lecho escuchando los pies desnudos alejándose sobre la plaqueta del suelo.

X

El apartamento de Ana estaba en silencio, apenas se oía el tráfico que a esa hora llenaba las calles. Las persianas permanecían parcialmente cerradas. La oscuridad era casi total, salvo por la luz que penetraba por los pocos huecos que aún estaban abiertos. El ambiente estaba enrarecido. Su cuerpo ocupaba el sofá, extendido de un apoyabrazos a otro, cubierto por una manta. Bajo ella, aún con el sudor de Valentine impregnando su epidermis, Ana, en ropa interior, percibía la textura de la cubierta tocando su piel. Le resultaba áspera y seca. Periódicamente, pasaba las palmas de las manos sobre sus muslos. Se cubría el rostro con ellas e inspiraba profundamente con el recuerdo, aún vívido, del momento en que Valentine había impregnado su

cuerpo de aquel aroma tan familiar. Con la pituitaria colmada de sus humores feromónicos, la mujer hizo descender sus manos hasta la entrepierna. Pasó una de ellas por debajo del tejido de las bragas y comenzó a mover las yemas de los dedos sobre el monte de Venus, haciéndolas descender delicadamente y poco a poco a medida que su vagina comenzaba a lubricar el área. La creación de un ideal se basa en la eliminación de cualquier particularidad objetiva. Apenas algunos rasgos de lo real permanecen y, en cuanto ese ser de ficción se materializa, existe el riesgo de que su dorado embeba nuestras falanges, tal y como decía Flaubert. En este caso, Ana despreciaba abiertamente la realidad en favor de un portador simulado de aquel aroma. En su cabeza existía algo mejor que un Valentine material, era un personaje hiperreal centrado en la existencia de un olor particular y conocido.

Ana se quedó dormida después del primer orgasmo. La calma conseguía dominar su mente solo después del sexo. En cuanto sus efectos narcotizantes pasaban, el dolor por las contradicciones que la asediaban en los últimos tiempos le impedía el desarrollo de su pausada existencia. A nivel laboral, su cometido dentro de la organización le parecía un fracaso, lo que le hacía ansiar la paz que intuía en las clases acomodadas. Aquella vida fácil, lejos de todo lo que ella destacaba a diario entre la clase trabajadora. Eran cada día más las personas que solicitaban asistencia y cada día que pasaba esta estaba peor dotada de recursos materiales y humanos. La muerte de su hermano había accionado una detonación en su interior. Una implosión que la transportaba a la necesidad de una evasión permanente para encontrar una mínima tranquilidad necesaria. Orgasmo tras orgasmo, embebida de un aroma hipnótico que llenaba un vacío tan

grande y oscuro que ella misma se mostraba incapaz de completar con la existencia que había llevado hasta el momento. Vencida e indefensa, se hundía cada vez más en la sima que el sofá construía para ella.

El teléfono sonaba una y otra vez sobre la mesa de centro, apenas a un brazo de distancia. Ana levantó la cabeza sobre el reposabrazos. Intentaba vislumbrar la pantalla para dilucidar quién se encontraba al otro lado de la línea. Valentine llevaba toda la mañana insistiendo, pero no había encontrado las fuerzas precisas para responder. Ni siquiera el aroma del hombre, cuya presencia se había desvanecido por el propio sudor de ella, que inundaba ya algo más que sus ropas en un ambiente cerrado, lograba despertar el más mínimo interés. La compulsión por el sexo había perdido, debido al abuso en cuanto a frecuencia, la capacidad de calmar el motivo de sus desvelos

y se había apoderado de ella un estado de letargo permanente que le impedía la realización de cualquier actividad, incluso el propio sueño. La recurrencia de sus pensamientos autodestructivos la mantenía postrada e incapacitada para el desarrollo de las actividades más elementales y le impedía cubrir hasta sus necesidades fisiológicas.

Las horas, incluso, los días, cambiaron el sonido de la alerta del teléfono por las insistentes llamadas a la puerta de su apartamento. Los golpes sobre la estructura de madera se alternaban con silencios regulares y periódicos que buscaban una respuesta que llegase desde el interior. Finalmente, y después de muchos intentos fallidos, los pasos de dos individuos resonaron sobre las paredes del pasillo que conducía a la puerta de la vivienda de Ana. Un maletín se descolgó, pesadamente, de la mano de un operario. Valentine, a un paso de distancia, permitía que

el primero manipulase la cerradura de la puerta. Tras unos minutos de angustiosa lucha con la cerradura de seguridad, la puerta abierta permitió que llegase hasta ambos el nauseabundo olor de días de inmovilidad y enclaustramiento. Tras las primeras dudas resultantes del hedor, Valentine avanzó con agilidad hasta el interior de la casa. Descubrió sobre el sofá un bulto tapado por una manta y, luchando contra su propio instinto, se acercó destapando parcialmente el cuerpo de la mujer en un estado febril. El carácter habitualmente altivo y distante de Valentine se desmoronó en el mismo instante en que le fue revelado el rostro moribundo de Ana. Con la comisura de los labios recubiertos de una película de baba solidificada y su cabello revuelto sobre el rostro, no era más que el comienzo de aquel descubrimiento. Las heces, desprovistas de cualquier aliviadero, se habían acumulado en el interior de sus ro-

pas, que rezumaban un fluido de olor penetrante que se extendía desde el tejido del sofá hasta el suelo de la sala. Se inclinó hacia ella y buscó sobre su cuello las constantes vitales. Aunque débiles, eran claramente apreciables. Valentine se volvió hacia el cerrajero que había contratado. Horrorizado por la visión, era incapaz de reaccionar. Sin dilación, Valentine llamó a los servicios de emergencia. Con precisión quirúrgica describió el estado de su conocida utilizando las palabras precisas y la nomenclatura propia de la profesión de médico, como si la hubiese ejercido durante años. Fue él, con la misma agudeza y disposición que le eran habituales, quien preparó el cuerpo ante la inminente llegada de la ambulancia, que solo tuvo que elevar a la convaleciente hasta la camilla, liberada ya de las principales evidencias de la desatención para consigo misma.

XI

El silencio y un olor particular llevaron a Ana hacia la vigilia. Cuando abrió los ojos, descubrió a su lado a una mujer que la observaba insistentemente. Levantó los brazos para observar su estado y descubrió una vía que la unía a una bolsa de suero. Elevó un poco la cabeza para analizar el entorno. Podía intuir dónde se encontraba, pero desconocía el cómo había llegado hasta allí. Con la garganta reseca y casi sin fuerzas no pudo inquirir a su acompañante sobre los particulares ligados a su llegada a aquel lugar. La miró inquisitivamente para buscar una reacción. Al principio, no extrajo de aquella mujer nada más que una caricia en el hombro y unas palabras que le procuraban calma y la condujeron hacia la esperanza de la

pronta llegada de un médico. Recolectando las sílabas desde lo más profundo del esófago y luchando contra la inercia que las mantenía unidas a sus paredes, Ana logró emitir la pregunta deseada. La voz de su asistente la remitió a Valentine y a una relación contractual que la obligaba a cubrir sus necesidades en el hospital hasta su recuperación.

El agradecimiento, arropado por el desinterés personal (lo que viene a significar una nula inclinación hacia el lucro o el provecho por cualquiera de las partes), crea un vínculo en ocasiones comparable a la amistad, lo que sería susceptible de equipararse a las relaciones íntimas sin el artificio del amor. Ana habría preferido no sentir la ayuda recibida como una deuda contraída con su benefactor. Creía en las relaciones igualitarias. Consideraba que cualquier débito, aunque no existiese la necesidad de satisfacer el montante, por no ser este reclamado por

la parte acreedora, creaba una relación de desequilibrio, en ese caso, entre ella y Valentine. La aceptación de la deuda traía, por consiguiente, el establecimiento de un pago de valor igual o semejante para el desquite. Lo que, en resumen, significaba que Ana no quería deber ninguna suma a un banquero. Esta situación la distanciaba más aún de su auxiliador. En este contexto, ni siquiera el aroma desprendido por Valentine era capaz ya de estimular su deseo carnal. El ansia pasada se había transformado en repugnancia. Ana no soportaba su presencia en el hospital durante el tiempo que duró su convalecencia. Él, por su parte, esperaba a que ella durmiera para entrar en la habitación y observarla a diario de la única forma en que era posible materializar los encuentros. El día del regreso a casa, él esperó en el estacionamiento del hospital, sin salir del coche, solo para ver cómo ella se subía a la am-

bulancia que la devolvería a su hogar. Valentine no podía más que intuir la reacción de Ana en cuanto descubriera la remodelación del interior de su casa que él había mandado realizar durante su ausencia. Él había creído procedente reemplazar aquellos muebles que habían resultado afectados por el abandono, por parte de Ana, de las acciones propias de la evacuación formal de sus heces. Del mismo modo, había restaurado paredes y suelos perjudicados por el mismo mal. En cuanto la mujer fue plenamente consciente de a quién se debían aquellas reformas, no pudo contener la náusea y corrió al baño para depositar en el interior del inodoro su última ingesta. Desde esa primera reacción, Ana empezó a evitar determinadas áreas de su vivienda, intentando que permanecieran el menor tiempo posible en uso. Dejó de sentirse cómoda en aquella residencia y procuraba la compañía de diferentes amistades fuera del hogar, dilatando el tiempo

en su compañía para evitar el regreso a casa. Según pasaba el tiempo, cualquier aproximación era preferible a las disminuidas paradas en la vivienda. Había renunciado por completo a la compañía de Valentine, a quien le había negado hasta el más mínimo intercambio de saludos en cuanto él le escribía un mensaje de texto. Los días eran el atuendo de una estación líquida que pasaba sin detenerse.

XII

Cuando Ana se despertó, su cabeza colgaba por el acantilado de una cama. Ante sus ojos, apenas nada más que un radiador de pared que había ofrecido a aquel lugar sus mejores años. Percibía las acometidas rítmicas de un cuerpo sobre el suyo y un dolor punzante en la vagina. Le llegaba un olor intenso y desagradable cada vez que la sacudida se hacía más intensa, debido a la proximidad del cuerpo actuante al borde del lecho. Quiso saber dónde se encontraba. Giró la cabeza en las dos direcciones posibles. A su alrededor, tan solo un colchón destrozado y sucio y un acúmulo desmedido de basura debajo de la cama. Las paredes, con intensas manchas de humedad y otros fluidos menos reconocibles, semejaban per-

tenecer a un predio en prolongado estado de abandono. Intentó forzar los músculos del abdomen para colocarse al nivel de la cama, pero el peso ajeno que soportaba imposibilitaba cualquier movimiento. Lanzó una mano al aire para comprobar si incidía en alguna forma viva situada sobre su cuerpo, pero solo el aire respondió a su llamada. Un dolor intenso que partía de las cervicales repercutía decididamente sobre su cabeza. Sintió que los embates incrementaban su frecuencia, alertados por su inesperado despertar. Un gemido más propio de un estertor de muerte que de un orgasmo se dejó oír, precediendo un silencio sepulcral. De inmediato, sin esperar a que el semen dejase por completo el conducto urinario, el desconocido se levantó y salió corriendo. Sus pasos se alejaban en un entorno de vacío absoluto, como gotas retumbando sobre una caja de resonancia. Al verse liberada de la carga, Ana se fue deslizando hasta que su cuerpo se

encontró completamente horizontal sobre el suelo de la estancia. Poco a poco buscó la verticalidad. El dolor que sentía en la cabeza era algo más que una mera reacción postural. Intentó recordar cómo había llegado hasta allí. Se vio a sí misma bebiendo en la barra de algún garito de las afueras del que no recordaba haber salido. Descalza y desnuda de cintura para abajo, buscó su ropa por la habitación. Cada pieza recuperada era, inmediatamente, colocada en su lugar. Las bragas, en su ascenso por los muslos, le mostraron un reguero de sangre que se deslizaba desde su vagina. Caminó con dificultad, buscando puntos de apoyo sobre los que asirse durante la progresión. Aquella estancia parecía una antigua oficina en una nave industrial abandonada. Alguien había colocado, oportunamente, un catre en su interior con el ánimo de resguardarse frente a las inclemencias del tiempo. Salió del recinto hacia una ca-

lle vacía, del mismo modo en decaimiento permanente. Siguió como quien descubre un terreno ignoto hasta una calle principal con tránsito de vehículos. Sin ánimo para nada más, extendió los brazos al tiempo que se colocaba en medio de un carril. Un coche se detuvo a pocos centímetros. La conductora, alertada por su estado, bajó para auxiliarla.

Tumbada en el asiento trasero del vehículo, miraba hacia el techo en movimiento, por el efecto de vaivén del coche en su avance. Nuevamente el olor característico del hospital, pero en esa ocasión sin la presencia de una persona que la acompañase en una habitación individual. Las paredes blancas bañadas con lo que en su día se denominó gotelé mostraban fisuras que se extendían por toda la pared hasta el techo. Escuchaba hablar a diferentes personas a su alrededor. Distinguía apenas varias batas blancas al lado de un uniforme azul. Sabía que, en

aquel momento, ella era su mejor tema de conversación. Cuando la incorporaron en la cama, intentó hacer el esfuerzo de contestar las preguntas por medio de frases coherentes y ordenadas, además de incidir positivamente sobre la calidad de la dicción. Puede que la ausencia de éxito en su propósito hiciera derivar el interrogatorio hacia una doctora que en aquel momento se sumaba a los presentes. Sus ojos se cerraban a medida que los cuerpos desaparecían. En aquel tránsito hacia el sueño deseó que, al abrir los ojos, estuviese de nuevo la mujer que la había acompañado en su última estancia en un centro médico. Quería sentir sus manos fuertes bajo sus axilas cada vez que quería ir al baño. Esperaba con impaciencia volver a oler el aroma a jabón sobre su cuerpo al aproximarse para rehacer la cama y someter las mantas. Recordó con nostalgia los momentos en los que, con las gafas sobre la punta de la nariz, le leía alguna noticia irrelevante de cualquier

revista del corazón. Pensó nuevamente en Valentine. Quiso darle su número de teléfono a la enfermera. Puede que estuviese soñando cuando repitió en alto la secuencia de cifras. Puede, incluso, que hubiese alguien frente a ella tomando nota.

XIII

Sonó el timbre de la entrada anunciando la intención de alguien de ser atendido por la propietaria del inmueble en el mismo momento en el que Ana acababa de colgar la ropa que acababa de sacar de la lavadora. No demoró su paso para abrir cuanto antes. Del otro lado del umbral descubrió a Valentine. Ambos se miraron en silencio. Él agradeció la llamada desde el hospital. Ella quiso desentenderse de aquel momento de debilidad y le ofreció un hueco por el que acceder al interior. Caminó un paso por detrás indicándole el sofá de la sala de estar. Se detuvo extrañada al percibir el aroma que desprendía Valentine. Le resultaba completamente distinto al que recordaba. Aunque fuese vagamente, era capaz de recrear en su memoria el motivo de

aquella atracción irrefrenable por el banquero. Este, liberado ya de aquellos antecedentes y amparado por sus más recientes actos como amigo incondicional, se sentó en el sofá, permitiendo que Ana encontrase en el otro extremo espacio suficiente como para no sentirse incómoda con la proximidad entre ambos. Cada uno medía las palabras, reflexionando antes de utilizar uno u otro término. La reconciliación implica un acto consciente de autoevaluación y honestidad para con el otro. Hasta donde llegaba el conocimiento de Ana, Valentine se había comportado con ella, en todo momento, de un modo ejemplar acompañándola en los tiempos más difíciles. Era merecedor, por tanto, de un trato cortés y de cierta proximidad propiciada por aquella primera reunión, después de los poco, en apariencia, justificables desencuentros del pasado. La conversación transcurría de forma fluida y el ánimo de los dos mejoraba según pasaba el

tiempo. El rostro de Ana, sin apenas color, mostraba un cansancio que iba más allá de lo físico. Denotaba un dolor interno, un asunto sin resolver, según la interpretación masculina de Valentine, que pensaba que la reparación del agravio devolvería a Ana al estado de ánimo precedente. Él no consideraba el hartazgo, el hastío que provoca la impotencia ante determinados acontecimientos, frente a la lucha por volver hacia la luz la raíz más profunda, imbricada en las entrañas de la estructura social. Una pugna que una sola mujer no puede ganar. La observaba queriendo interpretar cada gesto, observando en ellos la mácula que había dejado aquel suceso. Un estigma del que solo Ana buscaba desembarazarse, desprenderse de él por ajeno, y que existía simplemente porque se encontraba imbuida en un entorno que necesitaba centrarse en su dolor, alimentarlo con todo lo que la virtud desprecia, como quien construye un infierno para centrarse en

sí mismo con la excusa de huir de él. Valentine, incapaz de entrever el verdadero conflicto en el que se sumía su amiga, analizaba, sin escuchar, las consecuencias que lo sucedido tendrían sobre el deseo carnal que se manifestaba ya en su entrepierna. Contenía sus caninos para no delatar el estado de excitación que le provocaba la proximidad de Ana. La miraba deteniéndose en la comisura de los labios, en las pequeñas arrugas que afloaban al pronunciar determinados fonemas, en el contorno de sus ojos cuando sonreía. Aquella visión alimentaba su anhelo, que crecía con la misma intensidad que su sexo. Las palpitaciones en sus zonas erógenas hacían imposible cualquier interacción. El intento de contenerlas le producía sudores y al asiento lo consideraba insuficiente para albergar su temple. Apareciéndose incapaz de reprimir aquel estado, se levantó bruscamente solicitando permiso para coger un vaso de agua. Ella, extrañada, se incorporó para

acceder a la cocina. Ambos cubrieron la distancia que los separaba de la estancia contigua y, una vez allí, Valentine bebió como si acabase de llegar de un prolongado viaje por el desierto. Acto seguido, y tras el roce de sus manos al devolver a su propietaria el vidrio, se despidió aduciendo una reunión inexcusable, ya largamente pospuesta. En cuanto la puerta se cerró tras él, apuró el paso hacia la salida con la intención de poner fin a aquella explosión de deseo reprimido. Descendió a toda prisa por la escalera y salió del edificio exhibiendo una larga zancada. Miraba a ambos lados buscando algún lugar en el que liberar aquella tensión. Un oscuro callejón sin salida le pareció el lugar más acertado de entre los posibles en aquel momento. Se colocó estratégicamente a la entrada de este y esperó. Eran pocos los viandantes que recorrían a aquella acera para trasladarse a sus destinos. Él los miraba con un gesto selec-

tivo. En su estado de desesperación, escogió a un adolescente entrado en carnes. Dio un paso para solicitar una indicación y, antes de recibir una respuesta, lo llevó hacia el interior de aquel callejón. Amparado por la presencia de un contenedor de escombros, le mordió el cuello con delicadeza. Acompañaba la demorada succión con un movimiento ágil de brazos que desprendían al cuerpo de cualquier atuendo que pudiese incomodarlo. Antes de que el joven inmovilizado falleciese exangüe, Valentine se abrió la bragueta y liberó su sexo que, incontinentemente, penetró al sujeto de su deseo con un primer movimiento ascendente y con una potencia tal que el cuerpo del chico se desplazó unas decenas de centímetros en la pared sobre la que se apoyaba.

XIV

Valentine se alisaba el pantalón del traje, acomodado en el asiento trasero de un taxi. En cuanto mencionó el local al que quería dirigirse, el taxista lo miró insistentemente preguntándose cuál sería el motivo que lo llevaba hasta allí. Sin querer importunarlo con una demanda innecesaria, inició la marcha, pero sin dejar de utilizar periódicamente el retrovisor para escudriñar la mirada del viajero buscando algún tipo de perversión oculta. Esperó en el vehículo un par de minutos después de haber pagado, centrando su atención sobre el neón, deteriorado por los años, que resistía a duras penas sobre la puerta del antro. Se preguntaba el mo-

tivo por el que Ana había escogido ese lugar aquella noche. Finalmente, se apeó y recorrió la distancia que lo separaba de la puerta de aquel tugurio de la periferia. Antes de entrar, miró a un lado y a otro. A su derecha, al final de la calle, comenzaba una hilera de naves abandonadas. Quiso entender que era en alguno de aquellos edificios vacíos donde había ocurrido el desafortunado suceso. La corrección, en cualquiera de sus formas, implica la negación de los hechos acaecidos en favor de una suerte de circunvolución alrededor de estos. Por lo que un uso, aunque correcto, de la denominación del suceso como tal y no de su epíteto minorativo, como es recomendado, puede ser catalogado de soez y de mal gusto. Valentine comprendía que, desde cualquier punto de vista, una violación debía ser considerada algo más que un simple suceso, pero no deseaba, en modo alguno, perder la capacidad de dis-

tanciarse de las desgracias ajenas, aunque solo fuera por medio del lenguaje. Dudó, antes de abrazar con la palma de la mano el pomo de la puerta. En cuanto esta cedió a su presión, un aire denso y viciado impactó sobre su rostro. La oscuridad imperante no impedía caminar sin temor hasta la barra, pero sí ver lo que ocultaban los rincones más alejados de las zonas de tránsito. Percibió que sus zapatos se adherían al suelo del establecimiento. La barra era una línea recta e iluminada defendida por un camarero de complexión fuerte y de ceño visiblemente fruncido. Se acercó a él y solicitó un dedo de güisqui, sin hielo y en vaso ancho. El empleado le puso delante un vaso de chupito y lo llenó hasta el borde. Valentine puso las yemas de dos dedos sobre los extremos del diámetro de la circunferencia de vidrio y lo elevó hasta una altura que no comprometiera la integridad de su vestimenta, antes de proceder al primer sorbo. Inmediatamente, buscó

una silla alta que le permitiese tener una perspectiva lo más amplia posible del local y se dispuso a esperar. Las inversiones inmobiliarias son de aliento pausado, no permiten ningún tipo de precipitación. Acostumbrado a aguardar el momento propicio, Valentine observaba a la gente dentro de las posibilidades que permitía el local y analizaba sus hábitos de consumo y sus actitudes. Después de varias idas y venidas de especímenes de lo más variado y de otras tantas horas de naturalización en el entorno, la figura del traje immaculado empezó a pasar desapercibida. Hacia el final de la noche, la barra se llenó de solitarios que buscaban, desesperados, algún tipo de interacción. Algunas mujeres mendigaban una copa, otras miraban por encima del hombro, la mayoría hundía la nariz en aquella que se anunciaba, una y otra vez, como la penúltima consumición. De vez en cuando, superando la barrera de la oscuridad y pro-

veniente de los lugares más lúgubres, llegaban voces y gemidos que connotaban estados e, incluso, edades no siempre dentro de la legalidad vigente. El olor a sudor se apoderó de la amplia estancia. Los más afortunados ayudaban a saciar el ambiente con sus exudados. Los menos dichosos rondaban a los primeros sin atreverse a cruzar la frontera de luz hacia la oscuridad. De repente, la puerta se abrió de par en par y la silueta en negro de una figura masculina permaneció sujetando la hoja. Un viento frío entró limpiando parcialmente el masticable fluido del interior. Desde la entrada observaba a los presentes. Como un depredador, oteaba el horizonte, señalando con sus pupilas alguna manada en busca del individuo más débil. Sin enmascarar sus intenciones, se dirigió a una de las mujeres de la barra. Esta se encontraba lo suficientemente lejos del resto como para evidenciar una vulnerable soledad.

Realizó una comanda al camarero e interpeló a su víctima sobre su presencia en aquel lugar. La respuesta no tardó en hacerse oír y, después de esa primera, llegaron muchas otras que aliviaron la reconocible tensión inicial de la mujer en favor de una mayor aproximación del ave de rapiña. Las copas se sucedieron de una y otra parte hasta que la ausencia del camarero y un descuido de la mujer propiciaron que él vertiera en el vaso de ella una sustancia ajena a la consumición. Valentine, que observaba la escena, no pudo evitar levantarse con un gesto espasmódico. Miró a la cara de aquel hombre con la intención de no olvidarla nunca. Se aproximó a la pareja y, fingiendo un descuido, derramó el contenido de su copa sobre la blusa de la que era ya una doble víctima. Esta se levantó increpando a Valentine por su descuido y avanzó hasta el baño. Los dos hombres se miraron como lo harían dos carnívoros que compiten por una misma zona de

caza. Inesperadamente y con disimulo, Valentine pasó la mano por la nuca del desconocido. Apretando con fuerza, lo llevó al exterior sonriendo tanto al camarero como a aquellos con los que se iba cruzando. Una vez fuera, y tras un recodo, desaparecieron las dos formas, mezclándose con la noche.

XV

El día había amanecido soleado. Valentine, después de sus escauceos nocturnos, decidió hacer un descanso, entre sus quehaceres diarios, más prolongado de lo habitual. Citó a Ana, que disfrutaba de sus últimos días de vacaciones, en un parque próximo al edificio de oficinas donde trabajaba. Era un lugar sobrio, de líneas rectas y duras, con islas de vegetación que rompían la solidez del paisaje. Cuando disponía de tiempo, durante las largas jornadas laborales, le gustaba pasar por allí y disfrutar de un buen café o algún bocadillo a modo de aperitivo. Pese a lo que pueda parecer, desde los primeros jardines zen, el fin último de estos espacios es el control sobre la naturaleza por medio de la desnaturalización del entorno y la utilización de materiales

inertes. Valentine se adelantó a la llegada de su invitada. Permanecía de pie sobre el suelo de hormigón, mirando a su alrededor. El teléfono móvil, sin sonido, vibraba en el bolsillo de la chaqueta. No quería responder ninguna llamada que pudiese perturbar el encuentro con su amiga. La vio llegar. Bajaba del autobús con aire despistado, evitando el reflejo del sol sobre las superficies claras del suelo. Valentine hizo un sutil gesto con la mano para llamar su atención. Ella le devolvió el saludo con un gesto mucho menos disimulado. Él se sintió momentáneamente turbado por aquel aspaviento, pero le sonrió esperando anhelante su llegada. Se encontraron en el corazón del parque, constituido como plaza. Después de un primer movimiento de aproximación, se besaron en la mejilla a modo de saludo. Tras el contacto, Ana se detuvo un instante para asimilar el olor que Valentine desprendía. Desde el incidente, los aspectos de aquella noche se perdían

en el subconsciente. En ocasiones, creía ver imágenes inconexas sobre lo sucedido, pero de una vaguedad tal que apenas podía apreciar nada concreto de la escena. La fragancia que exhalaba el hombre, lejos de ser desagradable, la retrotrajo a un tiempo que guardaba relación con la nebulosa en que se había convertido la noche de la violación. Sin poder evitarlo y de manera inconsciente, Ana tomó distancia, como si se previniera de una amenaza inminente. A partir de ese instante, la relación entre ambos retrocedió al estado de días atrás, materializada nuevamente en frases inacabadas, silencios incómodos y omisiones premeditadas. Ninguna de las partes podía proporcionar una explicación lógica a aquella situación, pero, en realidad, ambos eran concedores de su existencia, lo que les hacía sentir incómodos. Lo que Valentine deseaba que fueran unas horas de un acercamiento progresivo se convirtió en una fugaz visita y un café rápido en

una cafetería próxima. Ana se despidió con un ligero movimiento de la mano que más semejaba un ademán para mantener a su compañero a distancia que una verdadera despedida. Él la vio alejarse hacia la parada del bus, con la frustración derivada de su fracaso acrecentándose en su interior. Miraba a las personas que se encontraban a su alrededor como si estas conociesen los motivos de su malestar, como si lo juzgasen por el reciente fiasco y como si relacionasen ese revés con otros acontecimientos semejantes en su vida pasada. Intentó ocultar su desasosiego ante los extraños. Giró sobre su propio eje buscando un lugar en el que resguardarse de las miradas aviesas. En aquel espacio límpido, glabro, no encontró ningún recurso a su alcance que pudiera utilizar, así que se apresuró para subir a su despacho y encerrarse en él hasta que la desazón experimentase alguna merma.

Las horas pasaban de forma lenta pero implacable. En vez de calmar el ánimo de Valentine, el enclaustramiento voluntario solo conseguía aumentar su pesadumbre. Buscando los motivos de su estado, empezó a argumentar para sí en favor de la culpabilidad de Ana en referencia a su mal. Daba paseos por la oficina, volviéndose periódicamente hacia la ventana, sin llegar a ver el exterior. Se sentaba, incomodado, en cada una de las sillas del habitáculo con el fin de encontrar reposo, pero eso solo hacía aumentar su desdicha. Nervioso y malhumorado, salió a media tarde sin anunciar a su secretaria su ausencia. Empezó a caminar sin rumbo por calles nunca transitadas. La noche se abría paso entre los rascacielos, creando sombras en los lugares más insospechados. El frío atravesaba el tejido de la chaqueta, así que se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Abandonó el barrio empresarial y descubrió callejuelas

que conducían a callejones sin salida en los que prostitutas y chaperos realizaban sus mejores servicios. Se vio a sí mismo con la mano por detrás de la cabeza de un muchacho que, arrodillado, le hacía una felación al tiempo que una prostituta lo besaba con toda la pasión que podía fingir. Se separó de ellos justo después de la eyaculación y depositó unos billetes sobre la tapa de un contenedor de basura. Pero aquello no había saciado su hambre ni aplacado su malestar. Llamó a un taxi, le indicó una dirección y fijó su mirada en el pasar de las calles. Confiaba en encontrar el sosiego necesario en aquel destino.

XVI

La autoconvencimiento es un arma más poderosa que cualquier coacción ajena, dictatorial, porque utiliza los propios recursos del individuo. Este, con la conformidad implícita de su propio yo, pone a disposición los argumentos precisos para la reafirmación necesaria en una idea concreta. Es por ello por lo que las dictaduras modernas relegan a un segundo plano las estructuras coercitivas, estimulando, por medio de la propaganda, en la conciencia de la masa, ciertas ideas que esta asume como actos libres, decisiones individuales desprovistas de cualquier cariz de imposición. La llamada intempestiva a la puerta desconcertó a Ana, que dormitaba en la cama. Levantó ligeramente la cabeza sobre la almohada y

esperó. La segunda llamada, más insistente, acabó de incorporar a Ana, remisa a contestar. La tercera llamada dejó claro que quien estaba del otro lado de la puerta no estaba dispuesto a cesar en el empeño de acceder a la vivienda. Sin hacer ruido, deslizando levemente los pies descalzos sobre el terrazo, se aproximó a la puerta para identificar por la mirilla la identidad de la persona que la requería con tanta insistencia. Del otro lado, descubrió a Valentine, que apoyaba la frente sobre el marco de la entrada, como si lo utilizara como apoyo debido a algún tipo de indisposición. Dudó durante un instante, pero temió que su insistencia creara malestar entre los habitantes de las viviendas contiguas, así que abrió lentamente, como si la lentitud demostrase prudencia. Él volvió a su verticalidad habitual y esbozó una sonrisa. Sin más demora, proyectó el brazo derecho para impactar la mano contra el cuello de la anfitriona. La agarró fuertemente y la elevó

unos centímetros, dejando que sus pies se balanceasen libremente sobre la horizontal. Se adentró en la vivienda y condujo a su presa hasta la habitación. La lanzó violentamente sobre el lecho y se abalanzó sobre ella buscando su cuello con los prominentes caninos que florecían ya en el interior de su cavidad bucal. El reguero de sangre que entraba precipitándose por la garganta avivó su deseo y promovió la extensión de su pene por dentro del pantalón. Cerró los ojos para deleitarse con la idea que su cerebro creaba cada vez que el alimento penetraba en su organismo. Liberó su miembro y lo condujo con vehemencia hacia la vulva de Ana. Percibió que la sequedad interna de ella dificultaba el paso de su verga, lo que no fue impedimento para la consecución de su objetivo. La excitación indujo una abstracción que lo mantuvo ajeno a la pérdida paulatina de la lozanía inherente a su anfitriona. En las postri-

merías de su último suspiro, Ana consiguió articular una última palabra incomprendible. Valentine despertó de su aparente letargo, abrió los ojos y vio el rostro pálido de la mujer, que lo observaba insistentemente. Era la misma persona a la que había visitado en el hospital aquellos días en los que era más vulnerable, con la que había paseado, charlado y experimentado sensaciones hasta el momento desconocidas. En ese instante de debilidad, reuló y se incorporó para observar aquel cuerpo tendido sobre la cama deshecha. Examinó su falo cubierto por la poca sangre que aún podía circular por las venas de aquella a la que empezaba a considerar su amiga. En un acto de arrepentimiento, volvió sobre ella buscando su pulso. Corroboró que aún había vida en su cuerpo y llamó al servicio de emergencias. Acto seguido, limpió cualquier rastro de su presencia y desapareció, dejando la puerta abierta para facilitar el

acceso del equipo medicalizado. En el exterior, la sensación de frío se había agudizado, del mismo modo que la intensidad del viento. Caminaba ensimismado en el remordimiento por su actuación, pero también por el hecho de haber sucumbido a la piedad cometiendo un acto de conmiseración que podía comprometer su situación ante la ley. Oyó a lo lejos la sirena de la ambulancia y, sin pensar, los apremió para que actuaran cuanto antes, deseando que Ana aún estuviera viva a su llegada. Llamó a un taxi cuando consideró que había caminado lo suficiente para alejarse del edificio de su víctima. Vaciló antes de dar la dirección de su casa al conductor. Por precaución, solicitó que lo dejase un par de calles antes. Hizo el resto del trayecto procurando los espacios menos iluminados con la intención de pasar desapercibido. Cuando llegó a casa, se quitó la ropa, la metió en una bolsa de basura y se dirigió directa-

mente hacia la ducha. Con los ojos cerrados, bajo el chorro de agua revisitaba la imagen de Ana con los párpados parcialmente cerrados esperando la oscuridad ulterior a su último aliento.

XVII

Las paredes blancas de las habitaciones de hospital transmitían una sensación de frío que incrementaba los efectos propios de la desnutrición severa. Al contrario de lo que describía Alexander Bogdánov en su *Estrella roja*, las transfusiones de sangre no transmiten al individuo receptor ninguna característica propia del donante. La sangre recibida por Ana, de diversos oferentes anónimos, no la hacía experimentar nada contrario a su propia naturaleza. Sí, en cambio, la saliva de aquel que le había extraído el plasma que fuera inicialmente suyo. Lejos de otorgarle grandes capacidades sobrenaturales, potenciaba ciertas características propias del ser humano. Inhibidos los mecanismos de control de los que el ce-

rebrotado dispone como medio de autoprotección, las mejoras que su recientemente adquirida condición le otorgaban no transgredían las leyes físicas. La más rápida reacción del cuerpo ante una agresión o una carencia, que sorprendía al equipo médico en el caso de Ana, no era sino una sobreestimulación, con base en el cerebro, de los órganos involucrados en la reparación del mal que atenazaba al sujeto. Como contrapartida (aspecto desconocido aún por la ciencia médica), estaba la necesidad de alimentarse de sangre humana como parte de una dieta más amplia que se iba incrementando en el organismo de la paciente. Actuando como un virus, la saliva de un vampiro en el interior de un individuo se expandía y tomaba el control de mando de la actividad orgánica. De esa forma, de una manera casi imperceptible, el cuerpo de Ana iba experimentando pequeños cambios con grandes consecuencias. Una

inquietud creciente dominaba su convalecencia. Aunque aún debía permanecer postrada, su ánimo la inducía a levantarse y caminar. Sus intentos, hasta el momento infructuosos, demostraban grandes avances según iban pasando los días. Aquella ansia se veía alimentada por el recuerdo de los acontecimientos acaecidos la noche en que Valentine irrumpió en su morada. La actitud fingida del banquero con respecto a sus motivaciones para con ella le parecía de una bajeza intolerable, pero, al mismo tiempo, pese a no ser completamente consciente de los cambios fisiológicos que estaba experimentando su cuerpo, comprendía, también por la interacción con sus médicos, que estos comportaban algún tipo de ventaja evolutiva frente al resto de los mortales. No podía perdonar la ocultación del fin último en que Valentine había incurrido, pero, si las condiciones objetivas le eran propicias, podía ejercer un

control sobre él, así como sobre las personas que, como su agresor, creían controlar el mundo. A medida que pasaban los días, un apetito voraz se adueñaba de sus instintos. La sola idea de una pronta recuperación y, por consiguiente, la materialización del plan que se empezaba a gestar en su cabeza eran capaces de amortecer su deseo de sangre fresca. Las mudanzas en su cuerpo caminaban de la mano de una reafirmación en sus antiguos ideales, en los que la igualdad entre seres se definía como un pilar fundamental. La dotación con un desarrollo de las capacidades que ya le eran propias se acompañaba de un aumento de su autoestima y una mayor seguridad a la hora de defender sus convicciones. Ese bienestar interior se manifestaba en su proyección hacia el exterior. Caminaba erguida, aunque sus piernas dudasen en cada desplazamiento. Sonreía en condiciones de dolor extremo a causa de la rehabilitación a la que estaban sujetos

sus músculos, desprovistos de parte de su masa debido a un prolongado período de convalecencia. Celebraba cada logro con la autoimposición de uno aún mayor. Estaba mentalmente preparada para afrontar cualquier reto. Las semanas pasaron sin que Ana se diese cuenta. El día que las puertas del hospital se abrieron para que ella saliera, la luz incidía con firmeza sobre las superficies. Puso la palma de sus manos frente a los ojos para huir del exceso de claridad. Subió a un taxi estacionado en la entrada y se dejó guiar hasta su casa con una sensación de plenitud tan revitalizante como el sol de la mañana.

XVIII

Ana caminaba en dirección al despacho de Valentine cuando fue interceptada por su secretaria. Con una sonrisa esbozada en su rostro, la visitante elevó la mano derecha, queriendo indicar que no necesitaba nada de ella. Aquella determinación desprovista de cualquier atisbo de hostilidad hizo que la empleada se detuviese, permitiendo que Ana llegase hasta la puerta del banquero. Esperó un instante para centrar su atención en lo que pasaba en el interior y entró sin llamar. Valentine, que no esperaba la visita, reaccionó incorporándose torpemente de la silla. Se hizo el silencio. Ana cerró la puerta y, manteniendo su sonrisa, miró fijamente a su anfitrión. «Se podría afirmar que, en este momento, ya no existen secretos entre ambos». Ana hablaba sin

perturbaciones en la voz que denotasen algún tipo de emoción. No le movía otro ánimo que el de comunicar. No transmitía animadversión, aprecio o cualquier otra emoción con su voz y sus gestos. Una nueva pausa permitió a Valentine recuperarse de la sorpresa. «Puedo intuir lo que le pasó a mi hermano. No te guardo rencor, era una persona débil e inestable. Por medio de su actitud, sería posible deducir que, de alguna forma, deseaba un final trágico». La declaración de Ana llevó la sonrisa también al rostro de su interlocutor. «Pero estaría bien que no te llevases a engaños. No has creado una igual, sino que le has abierto la puerta a tu antagonista. No puedo precisar cuánto tiempo llevas aprovechando tu posición, recogiendo los frutos de la desesperación de tus clientes, así como de la ausencia de alternativas. Ahora les toca el turno a los desesperados, a todas las personas vulnerables, a aquellas que en cualquier momento pueden perderlo

todo. Yo seré su voz. Verás cómo caen a tu alrededor amigos, colegas y colaboradores». Valentine cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada. «Yo seguiré estando aquí. Recogiendo el fruto de mi trabajo, como bien dices. Detrás de cada gestor bancario hay cien candidatos esperando el momento de poder ocupar un cargo de responsabilidad. Por mucho que te esfuerces, no conseguirás nada más que una pírrica victoria por medio de una venganza sin consecuencias reales». Ana sabía que, por detrás de los negocios situados dentro de la legalidad, los agentes bancarios, así como todo un entramado político y empresarial de personas ligadas a diferentes sectores, disponían los medios para lucrarse con actividades menos lícitas, pero no quería ofrecer demasiadas claves a un Valentine que podía dificultar sobremanera su labor. Esta sonrió maliciosamente y abrió la boca para mostrar sus colmillos, que empezaban a duplicar

su longitud. «Está bien pensado eso de que los caninos sean retráctiles», dijo al final para aliviar la tensión. Valentine volvió a reír estentóreamente. En ese instante, ambos compartieron la risa. Fue un momento que recordaba otros de mayor intimidad entre los dos. Ana miró a los ojos a Valentine, reconoció en ellos a un viejo amante, pese a que no hubiese pasado mucho desde su último encuentro sexual. El contexto había cambiado lo suficiente como para percibir cualquier tiempo pasado como si de otra época se tratase. Ana avanzó hacia él bordeando la mesa. Valentine, respondiendo a lo que semejaba ser una aproximación exenta de animosidad, correspondió adelantándose también él. La lengua de una Ana aventajada atravesó la frontera invisible de la dentadura de él, que la recibió ocultándola de la luz por medio de sus labios, que colisionaron con los de ella. La proximidad de los dos cuerpos permitió que sus manos recibiesen la

gracia que impetraban desde la irrupción de Ana en el despacho. Las zonas erógenas fueron, progresivamente, abriéndose a la luz al perder las formas su indumentaria. Ana se echó sobre la mesa, esperando recibir a su amante. Observaba su progresión sin desviar la mirada de su rostro. El peso de este, con la frialdad de la madera en sus espaldas, hizo que sus uñas profundizaran sobre la espalda de Valentine, que envistió con fuerza doliéndose a causa de las heridas. Permanecieron inseparablemente unidos hasta tiempo después de la eyaculación de él. La confluencia de humores los mantenía presos uno del otro. Días atrás se había forjado un vínculo entre los dos. La saliva de Valentine no solo había convertido a Ana en un ser próximo a su propia condición, sino que había creado una suerte de hermandad entre ambos, un ligamen del que no se podrían desembarazar nunca.

XIX

Valentine estaba inmerso en una conversación telefónica cuando su secretaria irrumpió en su despacho después de haber golpeado la puerta tan leve como apresuradamente. Le hizo una señal al banquero para que supiese que era urgente. Este, desconcertado pero convencido de que se trataba de una cuestión importante, emplazó a su interlocutor para una nueva conversación en unas horas y atendió el llamado de la auxiliar, que le indicó que abriese la prensa. Él, sin demorarse en preguntar el motivo, se abalanzó sobre el teclado y escribió el nombre de uno de sus periódicos de referencia. Tanto la prensa como la televisión se hacían eco de un escándalo financiero que involucraba a varios altos cargos de una entidad bancaria. La investigación

por la desaparición repentina de uno de ellos había sacado a la luz pública una serie de documentos en los que se explicitaba una contabilidad fraudulenta referida a numerosos bienes inmuebles diseminados por toda la geografía estatal. En la pantalla del ordenador se reflejaba el rostro de Valentine, pero este ya no leía. No podía evitar la recurrente imagen de Ana sonriendo en su despacho días atrás. Aquel incidente podía visibilizar unas prácticas que, aunque fuesen habituales, no eran reconocidas por la legislación vigente. El conocimiento generalizado de aquellas acciones ponía en el foco a muchas personas, de entidades públicas y privadas, que podían esclarecer aún más tales negocios con tal de no padecer las consecuencias legales de sus actos o de la omisión de medidas paliativas y punitivas ante la existencia de estos. Valentine fue, en aquel momento, realmente consciente de lo que podía sucederle si la investigación derivada de la aparición de

los documentos se extendía a otras entidades bancarias. Su posición como intermediario, sin más vínculos con los círculos de poder que pudiesen ampararlo frente al diluvio, lo hizo recapacitar. Llamó a su secretaria y le pidió que eliminara todo rastro de su participación en las transacciones de los últimos cinco años. Acto seguido, descolgó el auricular del teléfono y comenzó a realizar llamadas a colaboradores para paralizar todas las adquisiciones en curso.

El paso del tiempo, aquella mañana, se medía entre declaraciones de políticos electos y de los opinadores de la telebasura. El ejército de profesionales de la contaminación informativa, a sueldo de cualquier medio de comunicación, acababa de empezar su jornada laboral. Era de esperar que aquella injerencia en la mente de la masa pública durase unas cuantas semanas. Los implicados en las

prácticas fraudulentas que pudiesen sobrevivir ese tiempo podrían considerarse salvados de la purga. El sistema los necesitaba y los seguiría utilizando para generar el preceptivo flujo de capital.

En cuanto el tráfico de llamadas entrantes y salientes cesó, en la oficina se hizo un silencio sepulcral. Con la adrenalina aún circulando por sus venas, Valentine sentía la necesidad de liberar tensión. Consideraba que aún debía solucionar una cuestión para estar seguro de no acabar siendo una víctima más de la cacería que, seguro, estaba a punto de empezar. Salió apresuradamente de su despacho, bajó por las escaleras hasta la entrada del edificio y, aún pletórico de energía, llamó a un taxi. Durante el trayecto, Valentine centró su visión en el paisaje urbano, pero sin observar lo que se mostraba a sus ojos. Los barrios se sucedían con edificaciones de diferentes estructuras. Hasta las oficinas en las que trabajaba

Ana, había poco más de veinte minutos de conducción. En cuanto el taxi llegó a la puerta del edificio, Valentine obligó al conductor a detenerse, le ofreció un billete y salió sin esperar el cambio. Subió por las escaleras hasta el segundo piso y accedió a un espacio abierto con varias mesas separadas unas de otras lo justo para permitir el tránsito de una persona entre ellas. Desde la puerta, echó un vistazo a la superficie hasta distinguir a Ana detrás de un escritorio atiborrado de papeles. Caminó con decisión hasta colocarse en frente de su rostro distraído. «¡Qué sorpresa! No te esperaba». Ana sonreía como solicitando de su interlocutor la aceptación de su victoria. «¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?». «Hay una sala de juntas ahí atrás. Si solo quieres hablar, podemos utilizarla». Ana sonrió socarronamente, sin ocultar su deseo de tener un encuentro carnal con su visita. «Sí, solo vamos a charlar amigablemente». Ana se incorporó y dio un

paso adelante para indicarle el camino. Avanzaron entre los pasillos que conformaban los distintos escritorios hasta una habitación acristalada. De vez en cuando, Ana se volvía hacia Valentine para ofrecerle una sonrisa, sin recibir respuesta. En cuanto la puerta de la sala se cerró tras ellos, Valentine le explicó someramente el problema en el que se encontraba, siendo consciente de que Ana no solo comprendía, sino que ya era consciente de su situación. «Creo que tenemos lo suficiente en común para no querer desear el mal ajeno». Ana comprendió aquella amenaza velada. El gesto de su rostro cambió y se hizo más grave. «¿Y qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a delatar mutuamente? En cuanto a tipología de delitos, creo que sales ganando. Dos contra una». A medida que la discordia se hacía más patente, más crecía el deseo sexual entre ambos. Ana, cuyos colmillos se prolongaban, acariciaba uno de ellos con la punta de la lengua. Valentine, por

su parte, visiblemente enfadado, intentaba ocultar el bulto que crecía en sus pantalones. «Veó que no estás dispuesta a llegar a un pacto de no agresión». Ana se mantenía firme en su determinación de no ceder frente a las actividades que consideraba un ataque directo contra una mayoría indefensa. «Llegaremos a un acuerdo el día en que tu selles ese mismo pacto con la población a la que perjudicas con tus actividades». Valentine abrió la puerta de la sala con brusquedad y se precipitó hacia el exterior esquivando las mesas con soltura. Ana permaneció en el interior, sopesando sus opciones. Su voluntad de seguir destapando las tramas corruptas permanecía incólume, pero no deseaba a Valentine como adversario inmisericorde. Podría llegar el momento en que los apetitos sexuales de él no fuesen suficiente continente para albergar su ira.

XX

La exacerbación de las pulsiones puede comportar cierta confusión entre el eros y el tánatos, que se entremezclan con el deseo carnal. El placer es equiparado al dolor y este a la muerte, entendida como el extremo de *la petite mort*, un óbito como consecuencia de sobrepasar los límites del placer o como búsqueda de estos. Valentine nunca se había enfrentado contra un rival de su misma condición. Repasaba mentalmente los lugares comunes de su pasado, aquellas situaciones en la que algo semejante había sucedido. Recordaba historias de vampiros de diferente procedencia que, al coincidir en un mismo territorio de caza, solventaron la situación con una pugna a muerte. Recordaba haber visto una estaca de bronce utilizada, en tiempos, para algún

tipo de sacrificio ritual. El ser humano siente la necesidad, frente a situaciones que le resultan de difícil comprensión, de crear amuletos que, debidamente aderezados con un relato de corte fantástico, sirven para ahuyentar cualquier mal en potencia derivado del imaginario creado alrededor de esa incompreensión de la realidad. El miedo había sido el principal artífice de la idea de que una estaca en el corazón era una de las formas más eficaces de matar a un vampiro. Esa historia había arraigado de tal forma entre conversos y no conversos que hasta los primeros, en sus luchas internas, utilizaban una estaca de bronce para dar muerte a sus contrincantes vencidos. El despacho de Valentine ofrecía una imagen de transitoriedad, debido al desorden generado a partir de la destrucción de los documentos comprometedores. Los archivadores se extendían, en un más que cuestionable orden de prioridad, por toda la superficie del despacho. Periódicamente,

su secretaria entraba en la oficina para dar cuenta de algún lote para proceder a su triturado. En una de esas ocasiones, Valentine, enfrascado en una búsqueda en internet, preguntó a su ayudante si conocía a algún herrero o escultor que pudiese realizar un trabajo de forja. «La verdad es que no, pero puedo hacer una búsqueda rápida», respondió ella, solícita, que recogió un gran bulto del suelo y desapareció por detrás de la puerta. El banquero seguía aferrado a la pantalla, buscando entre las imágenes de estacas de madera y otros materiales que internet ofrecía una que se pareciese a la de su memoria. Sus sentimientos eran encontrados. Por una parte, su gozo en cada encuentro con su amante era tal que podía ser comparable al experimentado durante la succión alimentaria. Nunca había experimentado una plenitud tan grande. Pero, por otra parte, el odio que sentía frente a su actitud intransigente y peligrosa superaba cualquier

otra emoción, por muy satisfactoria que esta fuera. En cuanto se producía una confluencia de las dos impresiones encontradas, el resultado era la necesidad de una consumación sexual que acabase con la muerte, como representación de la calma total, de una paz necesaria en confrontación permanente con la búsqueda de la voluptuosidad a través del instinto. La frustración crecía internamente según se iban sucediendo las imágenes ante sus ojos. Por fin, en un fotograma de una película, encontró algo similar a lo que buscaba. Descargó la imagen en el disco de almacenamiento interno del ordenador y esperó a tener noticias de su secretaria mientras observaba obsesivamente la imagen. Su ayudante tardó aún unos minutos en darle una respuesta. Le dio un teléfono de contacto y un nombre, sin ninguna otra indicación. Valentine se dispuso a llamar y apremió a su contacto para tener el resultado lo antes posible. Le informó de

que en el plazo de una semana podría recoger su estaca de bronce en las instalaciones que el escultor utilizaba como obrador o, por el contrario, esperar su llegada por medio de una empresa de mensajería. Una sonrisa nerviosa se apoderó del baquero en cuanto cortó la llamada. Aquel objeto, aparentemente inofensivo, dotado de un valor simbólico propio del coleccionismo, lograba estimular el ánimo de Valentine, que percibía el calor desprendido por su miembro sobre el cuero de la silla de escritorio. Animado por la consecución de un primer objetivo que formaba parte de un plan más amplio, y colmado de agradecimiento hacia su compañera de trabajo, seleccionó un grupo de archivadores para complementar la tarea que su auxiliar estaba desarrollando. Durante el resto de la mañana, compartieron ocupación, destruyendo documentación comprometedoras e inclinándose hacia el

goce de una conversación al mismo tiempo agradable y trivial.

XXI

Ana esperaba en el coche la llegada de su objetivo. El local, situado a poca distancia de donde ella había logrado estacionar, comenzaba a llenarse a esa hora de la noche. Con cuentagotas, los porteros iban dejando entrar a asiduos y primerizos con cara de tener mucho para gastar y pocas ganas de generar conflictos. Sentía las costuras del vestido apretadas contra sus caderas. Llegado aquel momento, consideraba una mala idea el plan que tanto tiempo le había llevado idear. Si realmente estaba dispuesta a seguir adelante era por no despreciar todo el trabajo de investigación, así como la elección de la indumentaria y los particulares ligados al personaje que debía interpretar. Se apresuró a bajar del coche y a recorrer la distancia que la separaba de la

puerta del bar de copas en cuanto vio cómo se apeaba del taxi aquel en el que había puesto su punto de mira. Se colocó al lado de su futura víctima cuando este se disponía a entrar en el establecimiento. Le guiñó un ojo para que comprendiera que necesitaba su ayuda para entrar. Él la miró de arriba abajo antes de acceder a ser su salvoconducto. Una vez en el interior, Ana se hizo invitar a una primera copa, seguida de una muy precoz segunda consumición. Periódicamente, ella se acercaba a él abrazando las fronteras de la distancia interpersonal. Él se dejaba camelar, siguiendo la estela que dejaba Ana al caminar y dominando el espacio con la mirada. Lo condujo hasta unas mesas junto a un banco corrido de terciopelo color burdeos. Se sentaron y ella se acomodó junto a él, muy cerca, haciéndole insinuaciones constantes sobre lo que podrían hacer juntos en un lugar más íntimo. Él abría las piernas acomodándose sobre el respaldo

y permitiendo que el tejido del asiento rozase la parte baja de su escroto gracias al fino tejido de su traje hecho a medida. Eventualmente, Ana dejaba caer su mano hacia el centro de los muslos separados de él. Eso alentaba al banquero a seguir con aquel juego de seducción e incrementaba la tensión sexual a medida que pasaban los minutos. Ambos, ajenos a la evolución de la asistencia al establecimiento, se hicieron fuertes en aquel rincón oculto y se ausentaron lo suficiente como para que el dominio de Ana sobre su víctima se hiciese total. El ruido imperante no era capaz de eclipsar el desarrollo creciente de los encantos de la mujer, que se extendía sobre el asiento como una serpiente. Su indumentaria moldeaba su cuerpo e insinuaba la perfección de sus formas. La textura de la tela de su vestido cumplía una doble función: animaba a las yemas de los dedos a seguir el contorno de su silueta y repercutía la presión de las falanges sobre las

terminaciones nerviosas de su epidermis. De este modo, la ficción de su deseo se convertía en una emoción real y, por tanto, más creíble. Su cuerpo se dejó caer sobre el del banquero. Este disfrutaba del peso de ella sobre su torso inclinado hacia atrás. En ese momento, una voz familiar llamó la atención de ambos. Valentine gritaba el nombre de la pareja para hacerlos audibles entre el bullicio general. Los dos sufrieron un espasmo y buscaron la manera de incorporarse lo más dignamente posible. Valentine guiñó un ojo a Ana al tiempo que dirigía la conversación hacia su colega. «¡Si que hace tiempo desde la última vez! Hablamos por teléfono demasiado, deberíamos encontrarnos en estas situaciones con mucha más frecuencia». Soltando la cintura de Ana, el banquero sonrió a su amigo y extendió la mano a modo de saludo. Asintió, dando la razón a su compañero, y le ofreció un lugar a la mesa. Valentine se excusó alegando que solo se había

acercado a saludar y que, en realidad, ya se iba, pero no evitó volverse hacia su amiga y, sonriendo, solicitar una breve conversación con su colega sin la presencia de la mujer. Ambos se apartaron y Valentine aproximó su rostro al de su amigo para hablarle al oído. Durante el tiempo que duró aquel impás, el compañero de Valentine no dejó de observar a Ana. Esta pudo comprobar que sus facciones mudaban. Del deseo inicial, circulaban hacia la desconfianza e, incluso, hacia el enfado. En ese momento, Ana comprendió que Valentine había ganado aquella batalla. En cuanto los dos hombres recuperaron la verticalidad, al separarse, Valentine tendió una mano a Ana y le indicó el camino a seguir. «Puede venir. Creo que este caballero ya tuvo bastante por esta noche. Si hace el favor de acompañarme, evitaremos montar un escándalo que, en ningún caso, beneficiará a ninguna de las partes». Valentine tendió su mano hasta el antebrazo de ella y la acompañó hasta

la salida. Se mantuvieron en silencio hasta que la noche se abrió ante ellos. Caminaron hacia donde Ana tenía aparcado su coche y allí Valentine le abrió la puerta, después de que Ana presionase el interruptor de la llave con el fin de que entrase en él. «¿A partir de ahora vas a incordiar-me en todas mis citas?». Ana se montó en el asiento del piloto. «Ya sabes cómo actúa este amor tóxico que nos profesamos». Ana arrancó el vehículo sin despedirse. Él la observó marchar y se odió por reprimir los celos que lo consumían. Aunque en ningún momento habría pensado que la escena que acababa de presenciar, aun siendo fingida, le podía afectar tanto, deseaba contemplar el rostro de Ana mientras le expresaba todo el malestar que verla en brazos de otra persona le inducía. Le hubiese gustado comprobar su reacción, la expresión de bienestar que le provocaba su frustración. Valentine se recreaba en su propio dolor al imaginar el rostro iluminado de

Ana al saber que su conducta podía despertar en él aquellos sentimientos. Entonces, la odió como nunca lo había hecho hasta el momento.

XXII

Valentine caminaba hacia el edificio de oficinas contemplando las sombras que el sol producía en los pliegues de las formas rectas del predio. Sentía un gusto especial por las líneas rectas. A la puerta vio dos coches de policía. Siguió avanzando, pese a que algo le decía que él mismo era el motivo de la visita. Relajó el paso, entró en el edificio con una sonrisa preparatoria para lo que estaba por venir, saludó al recepcionista y se dirigió hacia el ascensor. Una vez en la planta, las personas con las que se iba cruzando lo miraban con lástima, sin intercambiar una sola palabra. Antes de llegar, su secretaria lo interceptó por el pasillo para indicarle que había unas personas en su despacho. Las cintas para precintar la puerta

una vez que finalizase la inspección rati-
ficaron la magnitud del problema. Ense-
guida, un agente de paisano se identificó
en su presencia y solicitó sus documen-
tos. Valentine oía sin escuchar. Mantenía
la vista fija en la puerta de su despacho.
Durante un instante, mientras otro
agente salía con archivadores, pudo ver,
sobre la mesa del escritorio, una caja con
el precinto de una empresa de mensajería.
Solicitó al agente que lo informaba de
sus derechos un minuto para hablar con
su secretaria. Esta se acercó y, allí mismo,
respondió a su pregunta. «¿Están ha-
blando de algo que tenga que ver con el
caso?», preguntó el agente, dirigiéndose
al banquero. «Inquiría a mi asistente so-
bre la procedencia de la caja que está so-
bre mi escritorio. Es una escultura que
solicité hace unos días. Pueden abrirla, si
lo desean, para certificar que les digo la
verdad». El agente se volvió hacia la
puerta, que, sujeta por un compañero
para facilitar el tránsito de archivadores,

permanecía abierta dejando ver una caja sobre la mesa. «Si es procedente para la investigación, será decomisada. En caso contrario, se dejará en su despacho con el resto de los objetos que carezcan de interés para la causa». En ese momento, Valentine sintió un profundo alivio, hasta el punto de esbozar una sonrisa mientras dos agentes lo acompañaban al coche de policía para tomarle declaración en comisaría. Consideraba que los latidos que percibía provenientes del interior de aquella caja lo mantendrían a salvo de cualquier mal. Mantuvo la calma durante todo el trayecto y se mostró amable con las personas que dirigían sus pasos. Hablaba despacio y en un tono bajo que, en muchos casos, sus carceleros eran incapaces de percibir. Durante el interrogatorio, confesó los delitos menos importantes y silenció debidamente las grandes operaciones inmobiliarias, evitando también nombrar a ninguno de sus contactos. Confiaba en que el arduo trabajo de

eliminación acometido en los días anteriores sirviese para descartar su participación en el grueso de la investigación. Cada vez que alguna pregunta tocaba un tema escabroso en el que la prudencia le indicaba que debía mentir u omitir la verdad, pensaba en la estaca que aguardaba su regreso sobre la mesa del despacho. Las palpitaciones de esta alimentaban su ánimo y su entereza. En los últimos tiempos, más en cuanto Ana destapó la trama de corrupción, pero con independencia de esta, había dejado un poco al margen su trabajo en el banco en favor de sus asuntos con Ana. Rememoraba, de forma obsesiva, los encuentros entre ambos, sus gestos, la forma en la que lidiaba con el deseo, en cómo conseguía atraparlo entre sus extremidades y el gusto con el que él respondía siempre de forma afirmativa, accediendo gustosamente a sus inclinaciones con voluntad de superarlas, de llegar más y más lejos, en una competición permanente y autodestructiva. En

sus cavilaciones, concluía que aquella relación estaba perjudicándolo en distintas facetas de su vida. Hasta la aparición de Ana, el control sobre su entorno era total. El punto de inflexión que significó la llegada de su amante había precipitado su normalidad hasta un punto de decadencia absoluta, donde nada estaba ya en su lugar, incluso su calma, su perspicacia y su capacidad de anticipación ante las adversidades se habían visto ampliamente modificadas. Su resentimiento hacia Ana, al tiempo que avivaba el furor de su deseo, implementaba una animadversión difícilmente controlable. Empezaba a desear la ruptura con aquella dependencia nociva. La presencia de Ana era como una capa de pez que aprisionaba su cuerpo, entumeciendo y haciendo más torpes los movimientos de las extremidades. Necesitaba extraer de su piel aquella capa betuminosa para volver a sentirse libre. El sopor de las relaciones

sexuales con Ana, el sudor de ambos sobre los cuerpos exhaustos conformaba el nutrimento de su abatimiento y su aflicción.

XXIII

Ana dormitaba en el sofá sobre una manta suave. Después de llegar del trabajo, se había puesto un pijama corto de pantalón y camiseta y unos calcetines para no percibir el contraste frío entre su cuerpo y el suelo. Un viernes sin ningún compromiso era lo que se estaba prometiendo desde el comienzo de la semana. En el televisor, sin volumen, la programación de un canal escogido al azar. Un recipiente con algo de picar y una botella de zumo sobre la mesa de té. Sonó el timbre de la puerta y Ana se incorporó sobresaltada. Se acercó dubitativa y aproximó un ojo a la mirilla. Se detuvo a observar la figura que esperaba del otro lado. Abrió finalmente y colocó su cuerpo en el umbral para impedir el acceso de Valentine, que esperaba con una bolsa

de papel en una mano y una flor de lis recién cortada en la otra. Enfrentados, ambos se miraban a los ojos. Él le ofreció la flor para romper el hielo y ella se hizo a un lado. «Pensé que te retenía la policía». Él caminó hasta la cocina del apartamento. Allí depositó la bolsa, que contenía una botella de vino. La extrajo, depositó cuidadosamente la bolsa sobre un borde y buscó unas copas limpias. «Me han soltado por buena conducta. La verdad es que mi colaboración ha ahorrado meses de investigación a la policía». Abrió la botella y sirvió dos copas. Ofreció la primera a Ana, que la cogió en la palma de la mano y pasó el pie de esta entre los dedos. «Así que te has vuelto un chivato». Él, después de mover la copa describiendo unos círculos concéntricos sobre el aire, se la aproximó a la nariz. Ana bebió sin más un gran sorbo y dejó la copa casi vacía. Valentine se la retiró y le ofreció la suya. «Estará mejor si lo aireas un poco. En cuanto al otro tema, me

interesaba desviar la atención de ciertas prácticas. Mientras los saturó de información, no se meten en mi vida privada. Para cuando acaben de comprobar todo lo que les he dicho, se me habrán caído los dientes». Ana volvió a beber de un trago el contenido de la segunda copa. «Entonces, ¿no eres inmortal?». Valentine interrumpió su trago para iniciar una carcajada. «No, afortunadamente no somos inmortales. La existencia se vive con más intensidad cuando se tiene la certeza del fin. A veces, incluso preferiría que fuese más breve. ¿No te pasa?». Ella aceptó una tercera copa y la recibió en su palma al tiempo que observaba que la botella llegaba a su fin. «Hemos conseguido todo un récord. Quinientos euros en vino que han volado en menos de diez minutos». Ella miró la bolsa que estaba sobre la mesa. En la parte exterior se veía el logo de una tienda de productos exclusivos. «¿Lo has comprado aquí?». No es-

peraba respuesta, se limitó a seguir el perímetro de la mesa, distanciándose de su visita. «¿Qué más hay dentro?». Extrajo la estaca del interior de la bolsa. El bronce tenía una pátina que lo oscurecía. Las formas que imitaban la madera estaban perfectamente labradas sobre la superficie de este. «Es bonita y pesada». La sostenía en la mano derecha, elevándola y dejándola caer para comprobar su peso. «¿Es para mí?». Siguió avanzando por el borde de la mesa. «Es mi última adquisición. Solo quería mostrártela». Él avanzó por la estancia hasta llegar al sofá. Echó un vistazo a lo que había sobre la mesa de té. Se volvió hacia el televisor y sonrió. «¿La quieres para recordarte que tu fin puede llegar en cualquier momento?». Valentine se tumbó en el sofá con el cuerpo sobre el respaldo, un pie en el suelo y el otro sobre el sofá. «Para recordarme que no hay enemigo invencible». Ella caminó hacia él, pero se detuvo al llegar a la mesa de té. Cogió la botella

de zumo y bebió un trago prolongado. «Ese vino deja la boca seca. No me gusta. Has malgastado tu dinero». Él sonrió e hizo una insinuación para que ella continuase caminando. Pero Ana no respondió, continuó de pie, junto a la mesa, observándolo, queriendo descubrir en sus ojos las intenciones últimas. Depositó la estaca sobre la mesa y se dio la vuelta para apagar la televisión. «Tanta luz me molesta». Apagó también la de la estancia. Casi a oscuras se sentía mejor, más segura. Empezó a caminar por la habitación. La cocina al fondo y una ventana que daba a la calle también a oscuras. «Me reconforta el frío de la noche después de una jornada calurosa. Estaría bien que lloviera». Valentine se levantó y caminó hasta ella. Esta le daba la espalda, miraba por la ventana ajena a todo, pero esperando que él se aproximase. Sintió su abrazo y su aliento sobre el cuello. Cerró los ojos para recrearse en su aroma. No reconocía a Valentine.

Aquel con quien había intimado no parecía estar en la estancia junto a ella. Se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos. Creyó intuir un brillo diferente, más propio de una despedida. Ana acercó su rostro al de Valentine y le mordió el labio inferior, primero como un beso que no llegó a término, después como el acto violento de un carnívoro que separa fragmentos de su presa. Valentine respondió elevándola sobre el suelo y portándola hasta el sofá. Las ropas de ambos volaron por la estancia. Él succionaba sus mamas aportando gran cantidad de saliva tras el paso de su lengua. Ella se dejaba hacer al tiempo que manipulaba su pene redirigiéndolo hacia su vulva. La ausencia de preliminares dejaba que el sexo fluyese como un líquido hacia un sumidero, sin contacto, sin más pasión que la del instinto, sin emoción. Ana tenía la certeza absoluta de que aquella relación había terminado, desconocía los términos exactos, pero sabía que ninguno firmaría

una rendición. Se dejó llevar hasta lo más profundo del sofá, sentía la presión del cuerpo de Valentine, así como los límites de la espuma del asiento. La primera sacudida mostraba menos convicción de lo habitual. Se trataba de un golpe fortuito sin intención. Se miraron. Valentine se percató de que ambos sabían que nada en aquel encuentro formaba parte del juego de seducción al que estaban acostumbrados. Una lágrima se precipitó hasta la mejilla de Ana, que no pudo disimular su desconcierto. El rostro de Valentine se abalanzó sobre su cuello. La mordedura fue limpia y no más dolorosa que el pinchazo de una aguja hipodérmica. Sentía escapar de su cuerpo el fluido vital, pero siguió permitiendo que los movimientos erráticos de Valentine profundizaran en su seno. Sus fuerzas menguaban del mismo modo que su voluntad a resistirse. Cerró los ojos y esperó. Percibió que él abandonaba su posición y se incorporaba parcialmente,

buscaba algo sobre la mesa de té, un objeto que ya no estaba allí. Ana extendió el brazo para sacar la estaca de debajo de uno de los cojines del sofá. El cuerpo de Valentine seguía sobre el suyo, pero erguido y distante. Su desconcierto, al descubrir la estaca de bronce en la mano de Ana, no duró más que un segundo. El tiempo necesario para que esta profundizase en su pecho. Cayó pesadamente sobre el cuerpo de su amante. Esta se giró bruscamente y ambos cayeron al suelo, invirtiendo sus papeles. Ana reposaba sobre Valentine, que se desangraba lentamente, aún con vida. Ella aproximó su rostro al de él, pasó la lengua por su rostro limpiando las lágrimas que se desplazaban desde sus ojos hasta las sienes. Valentine pudo apreciar cómo los colmillos de Ana aumentaban lentamente su longitud. Incluyó ligeramente la cabeza para que el rostro de ella pudiese profundizar hasta el cuello sin encontrar oposición. Inhaló aire en el momento de la

mordedura y cerró los ojos esperando morir.

XXIV

Uno de los principales problemas a la hora de adquirir material de carnicero para la disección de un cuerpo humano estriba en que estos se compran en tiendas especializadas, por lo que son siempre más fáciles de rastrear por una persona o entidad avezada en las pesquisas. El desmembramiento de un ser humano, junto con los complejos morales que acompañan al acto, resulta especialmente difícil cuando se realiza con el instrumental inapropiado. La moda de no incluir una bañera en las viviendas dificulta sobremanera cualquier labor destinada a la eliminación de un cuerpo, tanto cuando se trata de ácidos para la descomposición de la materia orgánica como de las labores inherentes a la fragmentación del todo. Ana residía en un

apartamento demasiado pequeño como para convivir con un cadáver de manera indefinida. La separación de los miembros articulados resultaba lenta y tediosa. La eliminación de las fracciones resultaba costosa, debido a la decisión de llevar cada una a un lugar distinto de la geografía comarcal. La elección de los lugares no era casual, debían cumplir una serie de requisitos, entre los que se encontraban la existencia de algún tipo de detritívoro que diese cuenta de los restos y que fuese un punto de alto valor simbólico para Ana, que depositaba los restos con sumo cuidado, alimentando su gusto personal por los detalles más nimios, que, para cualquier otra persona, pasarían desapercibidos. Con un cuerpo despiezado en su plato de ducha, Ana llevaba días sin cuidar debidamente su higiene personal, por lo que solicitó unos días libres en el trabajo. Todo aquel esfuerzo incidía en su bienestar. Aquel cuidado con el que trataba cada sección, el

mimo con el que la depositaba en su tumba improvisada. Consideraba cualquier otro fin indigno e impropio de la relación que los había unido durante los últimos meses. Se negaba a que la memoria de Valentine acabase vinculada a unos delitos horribles, siempre descontextualizados y formando parte de un imaginario obscuro con el que la mal llamada opinión pública ilustraba cada historia que escapa a su comprensión. Deseaba que la imagen de su ex amante permaneciese intacta en su memoria, sin la contaminación de cualquier tipo de escándalo mediático. De sentir la necesidad de contar aquella historia, quería que su versión fuese la única posible, sin contradicciones e incoherencias que perturbasen la paz de su espíritu.